LA PRODUCCIÓN ANFÓRICA EN EL SECTOR MERIDIONAL DE CATALUÑA: PRÁCTICAS ARTESANALES, VITICULTURA Y REPRESENTACIONES CULTURALES

Producción agrícola, alfares, fuentes escritas, producción cerámica.

Víctor Revilla Calvo*

Les darreres excavacions realitzades a la Catalunya més meridional motivades en la seva majoria per actuacions d'urgència, han permès l'avenç del coneixement en l'estudi de nous forns i centres de producció d'àmfores. Aquest estudi, sense deixar de banda les fonts escrites, presenta un recull de totes aquelles investigacions i descobertes arqueològiques de l'àrea sud de Catalunya establint les relacions dels centres productius amb les vies de comerç per la Mediterrània. Intenta també establir la relació existent entre les terrisseries i els espais agrícoles destinats a la producció de vi.

Producció agrícola, terrisseries, fonts escrites, producció ceràmica.

The latest excavations carried out in the south of Catalonia, mainly motivated by urgent actions, have enabled us to advance in the knowledge of the study of new kilns and amphorae production centres. This study, without ignoring written sources, presents a summary of all the archaeological research and discoveries in the southern area of Catalonia and establishes relationships between the productive centres and the Mediterranean trade routes. It also tries to identify the relationship between the pottery works and the agricultural areas destined to wine production.

Agricultural production, pottery works, written sources, pottery production.

Les dernières fouilles effectuées dans la partie la plus méridionale de la Catalogne, justifiées, pour la plupart, par des interventions d'urgence, ont permis de faire des progrès au niveau des connaissances en ce qui concerne l'étude de nouveaux fours et centres de production d'amphores. Cette étude, qui ne laisse pas de côté les sources écrites, présente un recueil de toutes les recherches et découvertes archéologiques de la zone sud de la Catalogne en établissant les relations des centres productifs avec les voies commerciales de la Méditerranée. Elle essaie aussi d'établir la relation existante entre les ateliers de potier et les zones agricoles destinées à la production de vin.

Production agricole, ateliers de potier, sources écrites, production de céramique.

ARTESANADO RURAL Y VINO: APORTACIONES Y LÍMITES DE LA DOCUMENTACIÓN

El estudio de la producción anfórica y de la viticultura en las comarcas meridionales de Cataluña presenta problemas específicos que reflejan, a la vez, el carácter limitado y selectivo de la documentación disponible y los planteamientos analíticos empleados. En particular, la relativa abundancia, y la aparente precisión de las referencias literarias al vino de *Tarraco* ha llevado a centrar el análisis en la produc-

ción de los vinos de calidad, haciendo un uso limitado de las aportaciones de la arqueología y obviando el problema de la naturaleza de las fuentes literarias y de la concentración temporal de las alusiones que contienen (cf. Revilla 2002). Rasgo común a la mayoría de estudios es el intento de establecer las coincidencias entre la evidencia arqueológica y la literatura (Miró 1985 y 1988; Gebellí 1996 y 1998; Járrega 1995, 1996, 1998 y 2002). Con ello, se reduce un fenómeno económico complejo, que debió tener un impacto diverso en

los espacios rurales afectados, a una manifestación

muy concreta que debe analizarse, en primer lugar.

rasgos particulares en relación al conjunto de lugares del resto de Cataluña; en especial, aquellos que ocupan el litoral central de la provincia de Barcelona. Este conjunto de rasgos no justifica, hoy por hoy, defender la hipótesis de una evolución claramente diferenciada; pero es suficiente para advertir sobre el peligro de analizar un fenómeno tan significativo para la economía del conjunto de la región, como es la viticultura, como un único proceso, y proponer, en relación con ello, una reconstrucción basada en el dominio exclusivo de ciertas estructuras de producción que evolucionarían siguiendo una secuencia general en la que se sucederían mecánicamente unas fases de implantación, crecimiento, madurez y crisis. De hecho, la falta de documentación adecuada ha conducido a la tentación, o la necesidad, según como se mire, de conceptualizar y analizar el proceso en el sur de Cataluña a partir de sus semejanzas respecto a territorios mejor conocidos, con el consiguiente peligro de uniformizar líneas de desarrollo específicos (la importancia de distinguir situaciones se indica en: Revilla 2004,160 y 172; Revilla, en prensa). Sin lugar a dudas, la arqueología aporta las evidencias más importantes para el estudio de este fenómeno; pero este estudio plantea algunas dificultades. En primer lugar, el desconocimiento general de las infraestructuras y de la organización de los espacios productivos, lo cual dificulta la definición de los procesos de trabajo artesanal. A este respecto, la zona muestra un cierto retraso, en lo que afecta a la documentación, frente a territorios como el Maresme, que corresponde a parte del área de producción del vino layetano. Estos problemas son evidentes en el trabajo pionero de A. Tchernia, que sólo podía mencionar el alfar de Tivissa y algunas evidencias en el Camp de Tarragona difíciles de interpretar e incluso de situar topográficamente (1971; la única excepción era el taller de Tivissa, mencionado en Pascual 1962, 338, como centro de fabricación de la Pascual 1; además Tchernia 1979; Pascual 1991 no recoge sellos del sur de Cataluña, con excepción de los números 216, SEX. DOMITI, y 231, TIBISI). El retraso ha empezado a superarse gracias a las excavaciones realizadas en la última década en algunos talleres y villae.

Igualmente importante es el desconocimiento de la entidad y la cronología concreta de los repertorios cerámicos elaborados. Este es un aspecto fundamental para definir adecuadamente el fenómeno

artesanal como expresión de las estrategias que orientan una actividad. Hace tiempo que es evidente que no se puede hablar de "producción anfórica" como una categoría o ámbito de producción específico (Revilla 1995, 69 y sigs., 159; Revilla 2004, 174). La presencia de otros tipos cerámicos obliga a hablar de un fenómeno productor más amplio relacionado con las formas de vida (y su arquitectura) y con las prácticas económicas desarrolladas en el medio rural; unas necesidades que son resueltas aplicando soluciones diversas. Sólo constatando esta diversidad es posible abordar en mejores condiciones una cuestión de naturaleza más amplia: las relaciones entre la producción cerámica, como parte de las producciones artesanales en general, la agricultura y los procesos de intecambio. Esto contribuirá, en última instancia, a definir las características de un sistema agrario en un territorio determinado. Sin embargo, los problemas, a este respecto, son todavía importantes, ya que, al desconocimiento de las instalaciones artesanales, se añaden los límites que plantea la información relativa al hábitat rural, las infraestructuras agrícolas y la evolución de los paisajes (estudios recientes, sobre diversos territorios, en Guitart/Palet/ Prevosti 2003; Palet 2003; Revilla 2003a; Arrayás 2005).

Una cuestión clave es que la identificación de un alfar raramente depende de una excavación y, cuando esta se ha producido, suele tratarse de trabajos antiguos, muy parciales o realizados sin una metodología adecuada. Por otro lado, los lugares excavados con alguna garantía corresponden, casi sin excepciones, a actuaciones preventivas o de urgencia; la mayoría, de carácter limitado. Los criterios de identificación empleados son poco rigurosos y sólo puede proponerse una identificación cierta en pocas ocasiones, gracias a la presencia de hornos y/o bien vertederos; en este último caso, cuando se recuperan fragmentos en cantidad suficiente y de cierto tipo (deformados o quemados por sobrecocción). El resultado de esta situación es muy claro: una documentación parcial, limitada a las tipologías v la técnica, que proporciona una imagen sesgada del fenómeno artesanal y de su evolución; una imagen sesgada, en tanto que privilegia ciertos momentos y aspectos organizativos: aquellos que se evidencian gracias a las grandes instalaciones y que parecen demostrar el mayor desarrollo tecnológico y el carácter dinámico de la economía romana frente a los sistemas indígenas.

Los límites de la documentación se revelan de modo claro y directo cuando se intenta establecer la naturaleza y la organización de los procesos de trabajo para definir, en consecuencia, la naturaleza de lo que debieron ser formas productivas artesanales

diferentes. La ausencia de documentación adecuada ha provocado que, hasta la década de 1990, no fuera posible ir más allá de localizar el emplazamiento de una actividad artesanal y de proponer, de forma genérica, su integración en la estructura productiva de un fundus como función subordinada. Esta dependencia parece confirmada en talleres relativamente bien conocidos (alfares l'Aumedina, Mas del Catxorro o El Vilarenc, por ejemplo). Pero excavaciones recientes han mostrado la existencia de grandes complejos artesanales que debieron organizarse siguiendo estrategias que suponían cierta autonomía respecto a la agricultura. Es el caso de Planes del Roquís (Vilaseca/Adiego 2000 v 2002).

En estas condiciones, la identificación literaria de un vino de calidad, el vino de Tarraco, ha contribuido a enmascarar la existencia de otras producciones vinícolas locales y de otras prácticas agrícolas (que podían responder a otras estrategias) y ha determinado, en última instancia, el contenido de las escasas propuestas publicadas en relación con la organización económica de los territorios de las ciudades romanas del sur de Cataluña; propuestas, por lo demás, esquemáticas y poco ambiciosas que aparecen como apéndices de los estudios dedicados al poblamiento rural y, más en particular, a alguna de las villae conocidas en el territorio de Tarraco. Esta asimilación abusiva entre viticultura local y viñedo de calidad era posible por las ya mencionadas carencias de la documentación arqueológica. Sin embargo, es difícil pensar que el conjunto de territorios del sur de Cataluña se dedicó a la elaboración única y exclusiva de vinos de precio elevado desde el primer momento, y que sólo esta estrategia justificaría una organización particular de la producción (a gran escala) y los procesos comerciales asociados. En los últimos años se han confirmado dos fenómenos que muestran la complejidad de la situación. Por un lado, la existencia de tipologías anfóricas y lugares de producción cuyas cronologías se sitúan a finales del siglo II-inicios del I aC y que indican la antigüedad de la implantación de la viticultura, aunque no las condiciones en que se produce tal desarrollo, en el espacio rural más cercano a Tarraco; por otro, la estrecha asociación entre viticultura y producción anfórica, en gran parte integrada en el marco de la villa, en época augustal; al igual que sucede en otras comarcas de Cataluña y con anterioridad a la aparición del vino de Tarraco como referente literario (vid. infra). Parece evidente, en resumen, que el estudio de un territorio concreto y de los tipos de vino producidos, allí donde se dispone de datos al respecto, exige un análisis más complejo de los datos arqueológicos y escritos.

TERRITORIO Y ALFARES

La geografía de la producción anfórica en el sur de Cataluña es relativamente fácil de resumir. Otra cuestión es poder definir, de modo preciso, la naturaleza de cada uno de los alfares conocidos por lo que hace a la organización del trabajo y la orientación de la actividad. Todos los lugares se sitúan en el área litoral o en comunicación con ella (es el caso del valle del Ebro) y la mayoría se concentran en las proximidades de las dos principales ciudades, Tarraco y Dertosa, o tienen fácil acceso a ellas. Parece evidente que dentro de este espacio geográfico, con una orografía, una geología y unos recursos naturales muy diversos, existirían diferencias de evolución particulares, pero la documentación disponible no permite establecer especificidades de un modo claro. Los alfares conocidos se distribuyen en tres grandes sectores (Fig. 1).

Hay que destacar, en primer lugar, un número importante de centros artesanales que se concentran en el espacio rural más cercano a Tarraco, el actual Camp de Tarragona, vertebrado por el río Francolí: Planes del Roquís o Mas de l'Antoni Corts (Riudoms), Mas de Gomandí o Mas de Coll (Riudoms), Els Antigons (Reus), La Canaleta (Vilaseca), La Buada o L'Espluga Pobra (Reus), El Burguet (Alcover), El Burgar (Reus), Molins Nous (Riudoms), Les Timbes (Riudoms), El Vilar (Reus), Calabecs (Tarragona) (un primer inventario en Miró 1988, 14, 51 y sigs.; además Revilla 1995, 174 y sigs; estudios de la zona en Revilla 1995, núms. 3 a 9; Revilla 2002; Massó 1998 y 2001; Gebellí 1996 y 1998; Járrega 1995, 1996, 1998 y 2002). La definición de algunos de estos lugares plantea problemas debido a las deficiencias de la documentación. Así, algunos autores consideran un único centro productor lugares distintos como Planes del Roquís y Mas de Gomandí (Gebellí 1998, 223). En otros casos, la ambigüedad de las evidencias disponibles ha llevado a negar la existencia de producciones anfóricas locales, o a afirmar este extremo con vacilaciones: Molins Nous, Les Timbes, El Burgar, El Vilar, Calabecs (Gebellí 1998, 223, duda también del caso del Burguet; además, Járrega 2002, 432). También se ha indicado la posible existencia de un alfar en las proximidades de la villa de Mas d'en Gras debido a la presencia de algunas marcas anfóricas bien conocidas y de un variado repertorio de recipientes (Járrega 2003, 130-131 y 145, Fig. 15, 4 y 10). Estas dificultades obligan a la prudencia e indican la necesidad de realizar excavaciones sistemáticas, pero no modifican sustancialmente el panorama general y las conclusiones que pueden obtenerse.

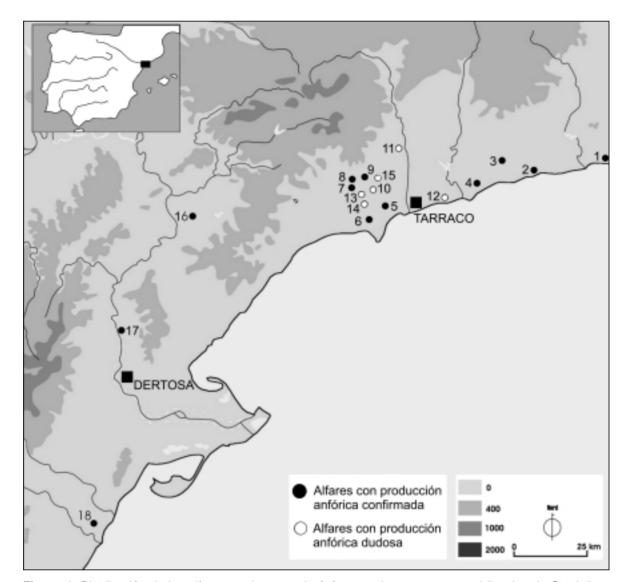


Figura 1. Distribución de los alfares productores de ánforas en las comarcas meridionales de Cataluña y norte del País Valenciano.

1. Darró (Vilanova i la Geltrú); 2. El Vilarenc (Calafell); 3. Tomoví (El Vendrell); 4. La Clota (Creixell); 5. Els Antigons (Reus); 6. La Canaleta (Vila-seca); 7. Planes del Roquís (Reus-Riudoms); 8. Mas de Gomandí/Mas de Coll (Riudoms); 9. La Buada (Reus); 10. El Vilar (Reus); 11. El Burguet (Alcover); 12. Calabecs (Tarragona); 13. La Timba (Riudoms); 14. Molins Nous (Riudoms); 15. El Burgar (Reus); 16. l'Aumedina (Tivissa); 17. Mas del Catxorro (Benifallet); 18. Mas d'Aragó (Cervera del Maestrat).

A este conjunto, habría que añadir algunos lugares en los que se han localizado infraestructuras productivas (hornos) u otras evidencias de actividad artesanal, pero que no pueden relacionarse claramente con la producción anfórica: Barranc de la Premsa Cremada (Botarell) (Bermúdez/Massó 1984-1985), Pòrpores (Reus), Muebles Aterco y la Bruguera (ambos en Vilaseca) (Járrega 1998, 431; Járrega 2002, 433). En cualquier caso, la concentración de estos lugares en el área más cercana a *Tarraco* evidencia la entidad de este fenómeno productivo y sus relaciones con las

necesidades generadas por la vida de la capital provincial y por el poblamiento suburbano. Una situación particular supone el taller de Plans d'en Jori, en Montblanc, un gran complejo activo durante todo el siglo I dC, dedicado a la producción de tegulae, dolia y cerámica común, que ha podido ser excavado en extensión, aunque no por completo (Adserias/Morer/-Rigo 2000). En la mayoría de los casos, no puede establecerse que alfares se integraron en el ciclo agrícola de un fundus (uno de ellos sería Els Antigons) o cuales funcionaron de forma autónoma (seguramente,

Planes del Roquís; por lo menos en la etapa final de su vida activa).

Hacia el norte, se han identificado tres alfares en un área que podemos considerar de carácter litoral en un sentido amplio (norte de la comarca del Tarragonès y comarcas del Baix Penedès y Garraf): La Clota, en Creixell (Vilaseca/Carilla 1998); El Vilarenc, en Calafell (Revilla 1995, núm. 11; Revilla 2002, láms. I-II; Revilla 2003b); Tomoví, en Albinyana (Revilla, 1994; Revilla 1995, núm. 12 Martín/Prevosti 2003). Este conjunto se completaría con un alfar conocido desde hace tiempo, Darró, en Vilanova i la Geltrú, que probablemente también deba considerarse como parte del territorio de Tarraco (López Mullor 1986-1989; López Mullor 1995; López Mullor et alii 1992). En este mismo sector del territorio, se han localizado, igualmente, algunos alfares con una producción y cronología peor definidas. Es el caso de un horno aislado aparecido en Albornar, al noroeste del Vendrell, que quizá pudo haber fabricado tegulae (AA.VV. 1992; Macías/Remolà 1992). Con excepción de este caso, todos los lugares mencionados parecen vinculados a un fundus.

Finalmente, hacia el sur, hay que señalar lo que parece una concentración de alfares en el curso inferior del Ebro (comarcas de la Ribera d'Ebre y el Baix Ebre). Aquí se sitúan l'Aumedina (Tivissa) y Mas del Catxorro (Benifallet) (Izquierdo 1993: Revilla 1993 v 1995, núms. 1 y 2). A ellos, parece adecuado añadir el alfar de Mas d'Aragó, al norte de la provincia de Castellón, ya que su cronología y características, y de alguna forma el emplazamiento, lo acercan al fenómeno detectado en el Bajo Ebro (Borràs 1987-1988; Borràs/Selma 1989; Fernández Izquierdo 1995). La topografía y la jerarquía del poblamiento de la zona muestran un proceso de ocupación intenso y diferenciado de este espacio rural que apoya en la presencia del rio Ebro. Este espacio debía depender de la ciudad de Dertosa (Revilla 2003a, 133 y sigs., recoge las evidencias relacionadas con la viticultura en esta zona). También en esta zona los alfares parecen vinculados a un fundus.

INFRAESTRUCTURAS, TECNOLOGÍA Y PROCESOS DE TRABAJO

Como se ha indicado al comienzo, el valor de la documentación disponible para reconstruir los procesos de trabajo artesanal y la tecnología asociada es muy limitado. Los datos se limitan a algunos hornos y sólo en casos excepcionales se ha recogido información que permite plantear algunas cuestiones relativas a la organización y la evolución global de un alfar.

En lo que respecta a la instalación central, los hornos, el inventario de evidencias es muy breve. Hasta el momento, se han excavado hornos en l'Aumedina. Planes del Roquís. Mas d'Aragó v Darró. También se conocen hornos (ninguno de ellos excavado de forma adecuada) en Els Antigons (posiblemente, tres), la Buada (dos), el Burgar (Massó 1998, 285; 2001, 86-87) y el Vilar (quizá dos); recientemente, se han localizado hornos en La Canaleta, pero están en proceso de estudio y no han sido publicados. El tipo 4b de la clasificación de Fletcher (tipo II/c de la clasificación de N. Cuomo di Caprio), un horno de planta cuadrangular con la parrilla sostenida por un muro longitudinal, parece ser el más difundido: aparece en Darró, els Antigons, el Roquís, quizá en l'Aumedina y en el único horno excavado en el alfar de Plans d'en Jori (Adserias/Morer/Rigo 2000, 201). Las dimensiones totales de estos hornos varían entre los (aproximadamente) 16 y los 20 m² de los hornos de Darró y los 49 m² de Plans d'en Jori, mientras que la superficie de la cámara de cocción, en la mayoría de casos, se sitúa de forma constante entre los 14 y los 15 m². Este es, también, un tipo muy utilizado en el resto de Cataluña; por ejemplo, en alfares del Vallès, como Can Feu y Can Jofresa (Carbonell/Folch/Martínez, 1995; Carbonell/Folch 1998; Casas/Jaume/Moro 1986; en este caso, con diferencias de tamaño más importantes) y del litoral de Barcelona, como Sant Boi v Torre Llauder (López Mullor 1990 v 1998; Revilla 1995, núm. 43). Otros tipos de planta cuadrangular aparecen en Mas d'Aragó y en lugares que fabricaron otros productos, como Barranc de la Premsa Cremada y Albornar. Hornos circulares con pilar central aparecen en l'Aumedina, en Mas d'Aragó y quizá también en La Buada y El Vilar (Revilla 1993, 24 y sigs., Fig. 3; Fernández Izquierdo 1995, 212, Fig. 2; Revilla 1995, núms. 7 y 8). Finalmente, uno de los hornos de Mas d'Aragó es de planta elíptica (tipo 3b de Fletcher).

Aparentemente, en muchos de estos lugares funcionaron instalaciones reducidas (uno o dos hornos, y, en este caso, quizá de manera sucesiva), lo que indicaría una actividad limitada; pero esta impresión puede ser errónea. En sentido inverso, la existencia de varios hornos no tiene porque implicar la existencia de un complejo de grandes dimensiones, ya que la ausencia de excavación no permite precisar si aquellos funcionaron de forma simultánea o se construyeron y utilizaron sucesivamente. Lugares como l'Aumedina, La Buada, El Vilar o Els Antigons tuvieron, como mínimo, dos hornos, por el contrario, en Mas d'Aragó se han documentado hasta cuatro. En algunos lugares (Planes del Roquís; y quizá en El Vilar y Plans d'en Jori) existieron hornos dedicados específicamente a la cocción de cerámicas comunes.

Como ejemplos de instalaciones bien conocidas solo pueden mencionarse Darró v Planes del Roquís, que muestran una organización interna y una evolución distinta. En el primer lugar, se identificaron dos hornos, una área de servicio común y una dependencia anexa, construidos en un solo momento e integrados en un mismo volumen arquitectónico (López Mullor et alii 1992). Este conjunto debía formar una unidad de funcionamiento y aparece claramente segregado, en términos espaciales y funcionales, respecto a las restantes instalaciones del asentamiento (Fig. 3). Algunas de estas también pudieron tener una función artesanal; pero otras parecen haber servido para el procesado y transformación de productos agrícolas. El complejo se construyó en época augustal y parece funcionar, sin cambios sustanciales, hasta los flavios. Lo que no quiere decir que trabajara de modo continuado (el registro arqueológico no siempre permite hacer esta precisión). Este tipo constructivo encuentra sus paralelos tanto en Cataluña (alfar de Can Feu, en Sant Quirze del Vallès, o Can Jofresa, en Terrassa, con una disposición diferente) como en las provincias occidentales del imperio (Revilla 1995, 29). El uso de un tipo de horno definido, por su forma y dimensiones, y su agrupación en parejas (en Can Feu, a un horno aislado se le añaden dos en una segunda fase) parece relacionado con la fabricación de un tipo concreto de material voluminoso (ánforas y material constructivo) y con un proceso de trabajo que organiza cuidadosamente sus diversas fases y los medios en un área común, con el fin de utilizar al máximo la mano de obra y el tiempo. El empleo de un mismo tipo de horno, además, debía facilitar los cálculos relacionados con la organización del trabajo en las sucesivas operaciones de fabricación y cocción de ánforas. Hay que recordar que los cálculos sobre la capacidad de fabricación son fundamentales en los contratos de arrendamiento de las instalaciones cerámicas, o una parte de ellas, de una finca. Este tipo de instalaciones indican, por tanto, una situación productiva bien articulada que puede funcionar de modo autónomo en el interior de un fundus, en términos de trabajo, pero que sirve a las necesidades de la producción agrícola. La posición, organización y entidad de estas instalaciones permite que puedan ser organizadas y activadas o desactivadas temporalmente en función de las necesidades e intereses de un propietario rural (la escasa documentación escrita sobre la práctica artesanal en el fundus muestra precisamente la iniciativa de este: Revilla 1995, 104 y sigs., esp 111).

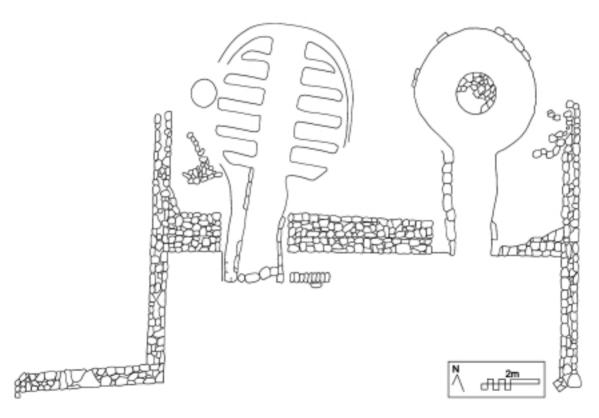


Figura 2. Mas d'Aragó (Fernández Izquierdo 1995).

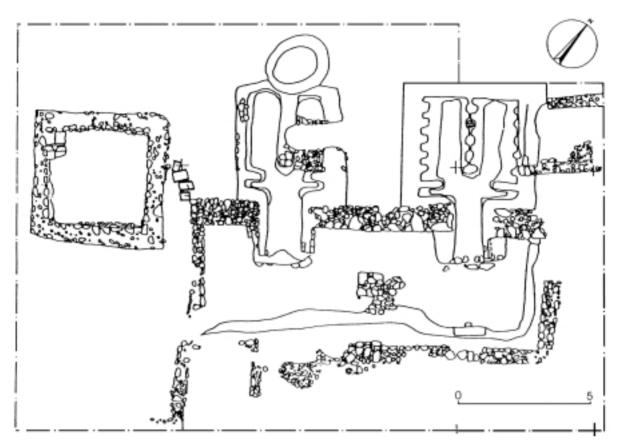


Figura 3. Darró (López Mullor et al. 1992).

Mas d'Aragó podría responder a una situación similar (Fig. 2). Aunque se indica la existencia de hasta cuatro hornos de tipo diferente, dos de ellos podrían haber funcionado de forma conjunta, ya que comparten el área de servicio. En la última publicación sobre este lugar se indica, además, que uno de los hornos (el de planta elíptica) había sido reformado. Su orientación original responde mejor a una construcción simultánea a la del horno circular. Este, por otro lado, parece haber sido utilizado como vertedero a partir de la reconstrucción que da lugar al horno elíptico (Fernández Izquierdo 1995, 215). Todo ello sugiere una reorganización de la actividad de cierta importancia.

Planes del Roquís presenta una situación más compleja respecto a los casos anteriores (Vilaseca/Adiego 2000 y 2002). El centro del conjunto lo constituyen un mínimo de tres grandes hornos que compartían una misma área de servicio (Fig. 4). Alrededor de estos hornos se distribuían lo que parecen depósitos para tratar la materia prima y las dependencias para elaborar los recipientes y los almacenes. Estas dependencias tienen unas dimen-

siones y una forma similares y muestran una disposición interna extremadamente funcional: una planta rectangular articulada por una línea central de postes que soportan la techumbre y distribuyen el espacio en dos naves parecidas. Estas dependencias se situaban una junto a la otra, formando una batería. En dos de ellas se construyeron compartimentaciones internas, formando ámbitos independientes o, por el contrario, totalmente abiertos hacia el espacio común. La técnica constructiva también es muy funcional: empleo regular de piedra en seco que puede combinarse con los materiales elaborados en el lugar, como la tegula. Esta, además, se emplea masivamente en ciertos casos y situaciones: cubierta, pavimentaciones, canalizaciones o delimitaciones de depósitos. El conjunto se construyó en época augustal. En un momento posterior, hacia mediados del siglo I dC, el complejo sufrió una reforma total: se crearon otros hornos, de menores dimensiones y que amortizaban a los primeros, y se levantaron nuevas dependencias que parecen sustituir a algunas de las anteriores (este extremo no se confirma claramente en las publica-

Figura 4. Planes del Roquís (Vilaseca, Adiego 2002).

ciones). Estas reformas se relacionarían con una reorganización productiva de cierta importancia¹. Una situación similar, aunque no idéntica a Planes del Roquís, es la que muestra el alfar de Plans d'en Jori. Este es, además, un caso especial que muestra la necesidad de proceder a una excavación completa para intentar definir la entidad de un alfar y, en especial, para no deducir necesariamente unas formas organizativas de la identificación de ciertas instalaciones (Adserias/Morer/Rigo 2000, 200-201). En este lugar sólo se ha localizado un gran horno, pero que se integra en un conjunto arquitectónico muy complejo y de grandes dimensiones (el conjunto supera los 5.500 m²; la zona central ocupa unos 1.200 m²). Las dependencias que formaban este conjunto se organizaban en diversos sectores que se distribuían en torno a dos grandes espacios abiertos. La construcción se data en época augustal y la organización global se mantuvo en una segunda fase, cuando se incorporaron el horno mencionado y algunas dependencias artesanales; para ello, se reconstruyó parcialmente el sector sur de uno de los patios. Las funciones de las distintas dependencias no se han podido precisar, pero la gran reforma del conjunto parece suponer la coexistencia, bien diferenciada, de artesanado, hábitat y producción agrícola (¿en relación con la transformación de productos?). Este hecho, dada la falta de excavación de buena parte de las estructuras, dificulta precisar las estrategias que debieron orientar la organización del trabajo. Pero el tipo de producción parece corresponder a una actividad artesanal que supera las necesidades de un *fundus*. El lugar funcionó durante todo el siglo I dC.

La organización del espacio que muestran estos lugares presenta coincidencias importantes con otros alfares de Hispania Citerior, como Fenals, Ermedàs o Dènia (Tremoleda 2000; Gisbert 1998). En particular, la posición central que ocupa un conjunto más o menos numeroso de hornos, respecto a todo el complejo, y el empleo de un tipo definido de edificio, con una planta y una disposición interna simples y funcionales (dos naves), que puede reproducirse cuantas veces sea necesario. A la vez, las diferencias específicas también pueden ser numerosas y estar dictadas por ciertas condiciones; es el caso de la inclusión del horno de Plans d'en Jori en una estructura prexistente. Las dimensiones y la complejidad de estos conjuntos parecen corresponder a centros artesanales autónomos; algo que también indican su posición suburbana y sus producciones y estrategias. En este mismo sentido, la proximidad entre algunos alfares (Planes del Roguís y Mas de Gomandí/Mas de Coll) podría indicar una concentración de unidades artesanales generada por condiciones de producción y demanda favorables. Con todo, faltan evidencias para poder establecer si esta posible concentración llegó a formar un centro de producción (Revilla 1995, 112).

Las coincidencias apreciadas, por lo que respecta a la aplicación de unos conocimientos de tecnología y la organización general de las instalaciones y, en

^{1.-} Se habla de hasta quince hornos (A. Vilaseca, comunicación oral), pero no se ha excavado ninguna de estas estucturas y no se puede precisar como evolucionó el conjunto.

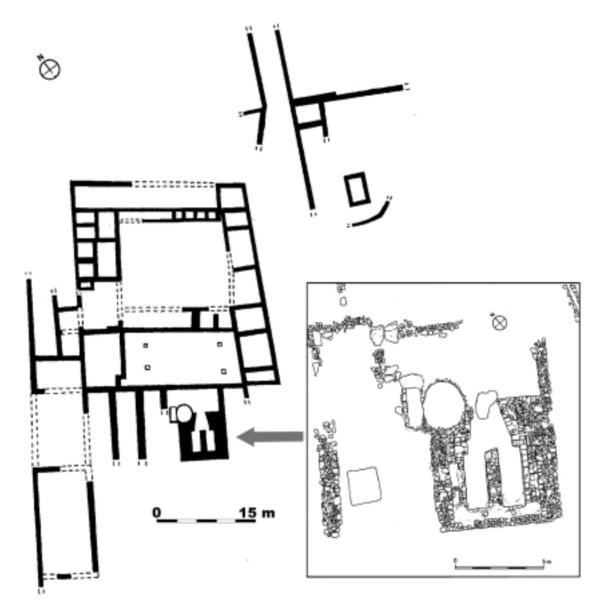


Figura 5. Plans d'en Jori (Adserias, Morer, Rigo 2000).

relación con ello, unas formas de trabajo, muestran una práctica artesanal muy homogénea que remite a la situación que caracteriza el litoral catalán. A la vez, las instalaciones del sur de Cataluña muestran una notable capacidad de adaptación en respuesta a necesidades diversas; necesidades que es difícil definir por falta de información adecuada sobre las estructuras económicas y sociales de cada territorio. Este proceso caracteriza el último cuarto del siglo I aC y, por lo menos, todo el I dC. Esta capacidad de adaptación también es perceptible en la evolución general del fenómeno artesanal (instalaciones y repertorios fabricados). Por otro lado, parece aventurado por el momento, dada la escasez de

la documentación, intentar incluir los lugares conocidos dentro de clasificaciones rigurosas e intentar definir, a partir de las mismas, unos modelos de estructura productiva y unas formas de trabajo demasiado precisas.

LAS PRODUCCIONES CERÁMICAS: EL ARTESANADO RURAL ENTRE EL *FUNDUS* Y LA CIUDAD

Identificar las producciones de los alfares genera problemas importantes que condicionan las posibilidades de definir la organización y evolución de los procesos productivos, y de comprender, en última instancia, la relación entre artesanado, formas de vida y agricultura; en otras palabras, definir la estructura económica de un territorio dado. Ya se ha indicado, al plantear las características y la significación de este fenómeno artesanal, que no puede verse el taller anfórico como una forma productiva específica y autónoma. Todos los lugares incluyen la fabricación de ánforas (además, de varios tipos) dentro de una amplia categoría de instrumenta: cerámicas comunes, dolia, terra sigillata y materiales de construcción. Esta combinación es la norma en los talleres catalanes y es muy frecuente en talleres del sur de Hispania, las Galias e Italia. Una de las necesidades básicas para entender este hecho y la aparente coexistencia de productos es poder definir las cronologías precisas de fabricación.

En referencia a las ánforas, las primeras producciones conocidas parecen corresponder a imitaciones de la forma Dressel 1 itálica, con una cronología general de finales del siglo II-inicios del I aC. Los primeros recipientes identificados, procedentes de las prospecciones de una parte del Camp de Tarrragona, no aportaban una datación precisa, ni podían ser atribuidos a un centro productor (Carreté/Keay/Millet 1995, 80-84 y 160; para su difusión, ibid., 257; para la Tarraconense 1, ibid., 103, Fig. 5.31). Recientemente, se ha localizado y excavado un vertedero, atribuido a un alfar, en las proximidades del poblado ibérico del Vilar (Valls). El vertedero contenía ánforas locales Dressel 1, cerámicas oxidadas y reducidas y cerámicas de paredes finas de las formas Mayet I y II. El conjunto se data a finales del siglo II aC (Adserias/Ramon 2004, 15 y sigs., y Fig. de la página 9). Con esta primera fase de ocupación, totalmente diferente del anterior nucleo ibérico, se relacionan algunas estructuras constructivas de función imprecisa. En una fase posterior, que se prolonga hasta finales del siglo I aC, se levantaron nuevas construcciones y dos pequeñas instalaciones de combustión que parecen relacionadas con la actividad metalúrgica. Los excavadores identifican el lugar como villa desde los inicios y relacionan la fabricación de ánforas con una viticultura ya desarrollada. Sin embargo, parece más probable que se trate de un asentamiento de cierta entidad dedicado, de modo específico, a la producción cerámica; por lo menos, en la fase incial.

Esta actividad artesanal parece tener una entidad y organizarse según principios diferentes a los que muestran lugares como Les Guardies (El Vendrell) o la fase inicial del Vilarenc, al norte de Tarraco. Estos dos casos parecen corresponder a pequeñas granjas de tradición indígena dedicadas de modo prioritario a la agricultura, organizadas en función de la capacidad y necesidades de una unidad doméstica, y que incluyen el trabajo artesanal como actividad complementaria y realizada a un ritmo discontinuo (Rigo/Morer 2003; Revilla 2003b, 287). Es interesante recordar, al respecto, que en el conocido alfar ibérico de Fontscaldes, en actividad hasta un momento avanzado del siglo II aC, se sitúa también en Valls (Lafuente 1992). La existencia de este tipo de alfares y sus producciones se relaciona con el cambio general de formas de vida y de producción artesanal y agrícola que generó la ocupación romana. Por el momento, su producción y difusión parecen limitarse al Camp de Tarragona. Sin embargo, la forma Dressel 1 se fabricó también en los alfares del Vilarenc y Tomoví en un momento posterior (en época augustal, en el caso del

Por el momento, no puede relacionarse este primer periodo de actividad artesanal con la evolución posterior del fenómeno. De hecho, la cronología inicial de todos los alfares conocidos es posterior, de inicios o mediado el principado de Augusto; y quizá más tardía en algún caso. En todos estos lugares se fabricaron varios tipos anfóricos. En los alfares con dataciones más precisas, esta multiplicidad parece clara: en l'Aumedina (Fig. 6), Mas del Catxorro (Fig. 8, núms. 1-5) y Mas d'Aragó (Fig. 13, núm. 3), se fabrican Pascual 1, Dressel 2-4, Dressel 7-11 y Oberaden 74; al igual que en Mas del Catxorro (Revilla 1993, 115 y sigs.; Revilla 1995, núms. 1 y 2; Borràs 1987-1988, 390, Fig. 7; Fernández Izquierdo 1995, 212; la autora alude también a una variante de Dressel 1, sin mencionar la Pascual 1, lo que hace pensar en una confusión de tipos)2. En El Vilarenc se fabricaron Tarraconense 1, Pascual 1, Dressel 7-11 y Dressel 2-4, acompañadas, en proporción minoritaria, por la Dressel 1 Tarraconense y por dos tipos de recipiente de base plana: uno de apariencia más robusta, grandes dimensiones y con un labio de sección triangular; otro, que parece de menor tamaño y és más estilizado, tiene un labio

^{2.-} Hay que destacar también la existencia de una variante tarraconense del tipo Dressel 12, con el sello SEX.DOMITI, datada en época augustal (vid. fig. 7); aunque este sello se utilizó en l'Aumedina, existen dudas sobre la procedencia concreta de esta variante anfórica concreta (Desbat, Schmitt 1998); por otro lado, la localización de la marca SEX.DOMITI en La Canaleta ha llevado a sugerir la hipótesis de un posible uso en este alfar (Gebellí 1996, 76).

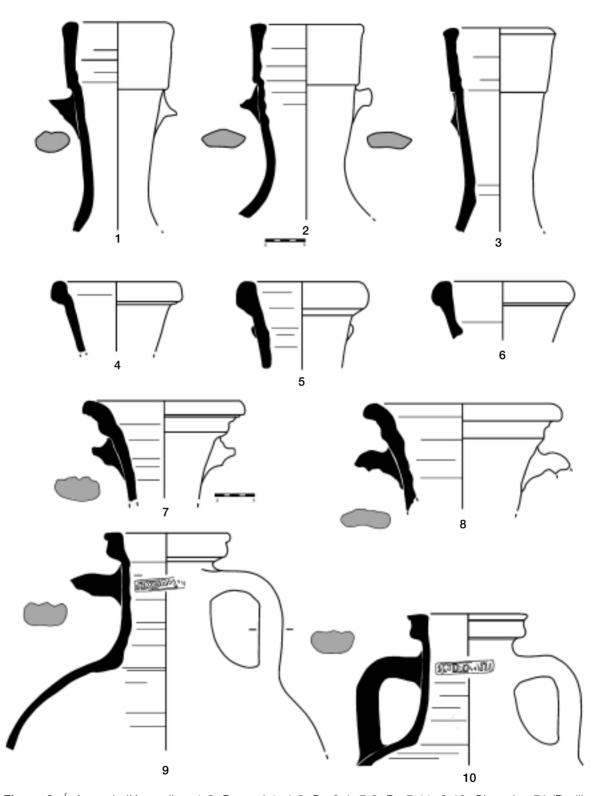


Figura 6. Ánforas de l'Aumedina: 1-3, Pascual 1; 4-6, Dr. 2-4; 7-8, Dr. 7-11; 9-10, Oberaden 74 (Revilla 1993).

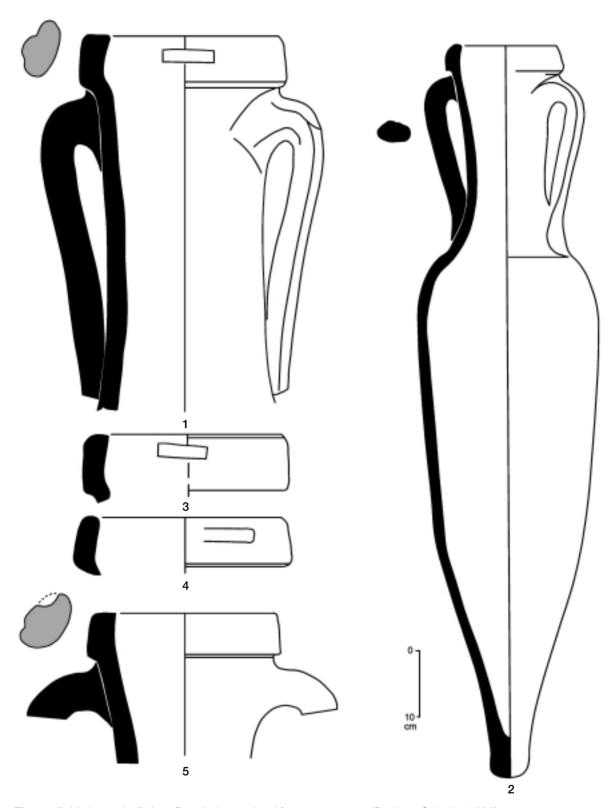


Figura 7. Variante de ánfora Dr. 12 de producción tarraconense (Desbat, Schmitt 1998).



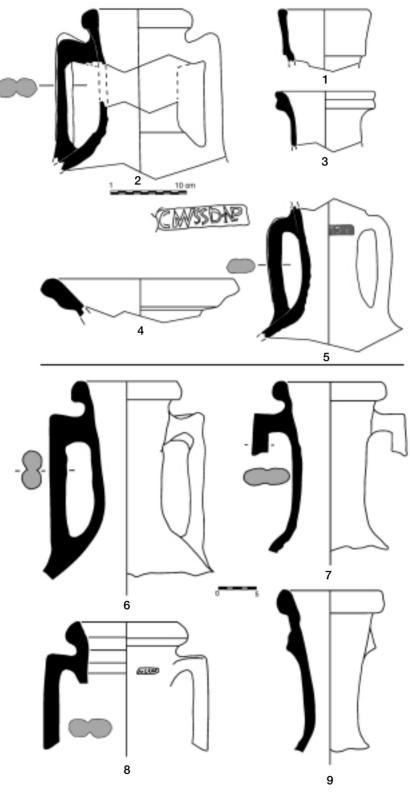


Figura 8. Ánforas de Mas del Catxorro: 1, Pascual 1; 2, Dr. 2-4; 3, Oberaden 74; 4, Dr. 7-11; 5, sello *C. MVSSIDI NEP* (Izquierdo 1993). Ánforas de Planes del Roquís: 6-9, Dr. 2-4 (Vilaseca, Adiego 2002).

plano y de sección rectangular (vid. Figs. 9-10; Revilla 2003b, 293). En Tomoví se fabricaron Pascual 1, Tarraconense 1, Dressel 1, Oberaden 74 y Dressel 2-4 (Fig. 11; Martín Menéndez/Prevosti 2003, 235-236, Figs. 1-3). L'Aumedina y Mas del Catxorro parecen cesar la actividad pronto, si hav que juzgar por la evidencia que aportan las estratigrafías de los lugares de recepción. La actividad en El Vilarenc tampoco parece sobrepasar el primer cuarto del siglo I dC. Pero esta datación debe tomarse con prudencia, ya que no se conoce el emplazamiento del alfar; sólo se han excavado vertederos marginales. Para Tomoví se propone una cronología de segunda mitad del siglo I aC-finales del I dC, pero no se dispone de datos de excavación. Por su parte, en Darró se fabricaban Pascual 1, Dressel 7-11 y 2-4 (en proporción muy reducida) y tipos de base plana. Este lugar parece activo hasta época flavia (López Mullor 1986-1989). Los alfares del Camp de Tarragona se concentran en unos pocos tipos (Vilaseca/Adiego 2000 y 2002; Vilaseca/Carilla 1998; Gebellí 1996 y 1998; Massó 1998; Revilla 1995; Járrega 1995, 1996, 1998, 2002, 430 y sigs.): Pascual 1 y Dressel 2-4, en Planes del Roquís (Fig. 8, núms. 6-9); Dressel 2-4 y 7-11, en la Buada y Mas de Gomandí/Mas de Coll; Dressel 7-11 en Els Antigons; Dressel 2-4, en el Burguet (quizá también en Les Timbes y El Burgar si corresponden realmente a un alfar); Dressel 2-4, 7-11 y Oberaden 74, en la Canaleta (quizá también Pascual 1: Gebellí 1996, 71); Dressel 2-4, en La Clota. Esta particularidad puede deberse, perfectamente, a problemas de documentación, por lo que conviene ser prudentes al proponer una evolución diferenciada de esta zona (Figs. 12-13). Las únicas cronologías disponibles son las que aportan La Clota y Planes del Roquís. En el primer caso, la actividad parece concentrarse en un breve periodo, el tercer cuarto del siglo I: (Vilaseca/Carilla 1998, 197). En Planes del Roquís, la fabricación de ánforas se data de modo global, entre Augusto y mediado el siglo I dC.

Esta pluralidad plantea el problema de si los alfares elaboraron, en general, un repertorio realmente diversificado. En algunos casos, esto es posible. Pero esta diversidad debe matizarse, ya que algunos tipos se fabricaron de forma minoritaria frente a otros. El ejemplo del Vilarenc lo muestra claramente: en términos generales, las formas Tarraconense 1 y Pascual 1 dominan claramente el repertorio anfórico. Las restantes producciones son minoritarias y algunas de ellas, en concreto, aparecen representadas por muy pocos ejemplares (caso de los recipientes de base plana). Un hallazgo reciente permite precisar, aun mejor, las relaciones entre estas formas. En un nivel de relleno constructivo formado por grandes cantida-

des de ánforas, material de construcción y cerámica de fabricación local, datado hacia el cambio de era. las producciones anfóricas locales están dominadas en una proporción cercana al 80% por la forma Tarraconense 1. El resto de los recipientes se reparte entre imitaciones de Dressel 1, Dressel 7/11, la forma Pascual 1 y las ánforas de base plana. El tipo Dressel 2-4 no hace su aparición en este conjunto. Por otro lado, también debe tenerse presente que la aparente coexistencia de varios tipos anfóricos en un repertorio puede reflejar un proceso de sustitución dentro de un periodo de tiempo muy breve, una situación que la arqueología no puede caracterizar con precisión. En el caso específico del Camp de Tarragona, la identificación y datación de estos tipos anfóricos, con una fabricación significativa, demuestra que la viticultura había alcanzado, a inicios del principado de Augusto, un nivel de producción y de exportación que justificaba la integración de una actividad artesanal complementaria en algunas villae y la creación de alfares autónomos. Paralelamente, la imitación y experimentación a partir de las ánforas itálicas y los primeros recipientes surhispánicos, contenedores todos ellos de gran difusión en esta época, muestra la capacidad de organizar unos sistemas de trabajo artesanal que responden a un patrimonio tecnológico y cultural común a Italia y las provincias del occidente mediterráneo. Esta situación no permite defender la hipótesis de un retraso en el desarrollo de la viticultura de esta zona respecto al resto de Cataluña (Járrega 2002, 438); o, como mínimo, obliga a matizarla. El aparente monopolio de la forma Dressel 2-4 en los alfares de este territorio no basta para confirmar esta afirmación que, además, establece, de modo implícito, una relación entre la aparición de la viticultura (y el artesanado vinculado) y la producción de vinos de calidad mencionados por las fuentes, que vienen a confundirse en un único fenómeno. Sin embargo, la documentación arqueológica muestra un panorama más complejo. En primer lugar, la presencia de imitaciones de Dressel 1 y de la forma Pascual 1 en el Camp de Tarragona confirma la antigüedad de la producción vinaria en esta zona v su distribución parcial. Paralelamente, no hay que olvidar que las formas Dressel 7-11 (Els Antigons, La Buada o La Canaleta) y Oberaden 74 (La Canaleta) aparecen ya en alfares del valle del Ebro con cronologías de época de Augusto y que su distribución (caso de la Oberaden 74) alcanza lugares de las Galias y Germania antes del cambio de era. Estos recipientes, por tanto, pueden corresponder a una fase antigua del fenómeno productor. Hay que recordar, en este contexto, que la Oberaden 74 aparece en los estratos de cambio de era excavados en la zona del teatro romano y en otros sectores de Tarraco, estratos

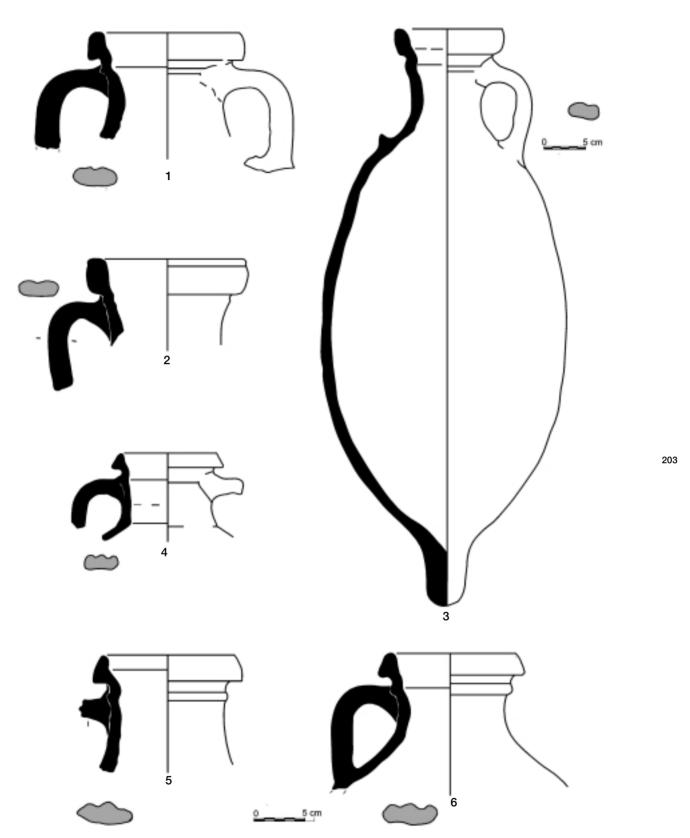


Figura 9. Ánforas del Vilarenc: 1-3, Tarraconense 1; 4-6, tipo anfórico de producción local.

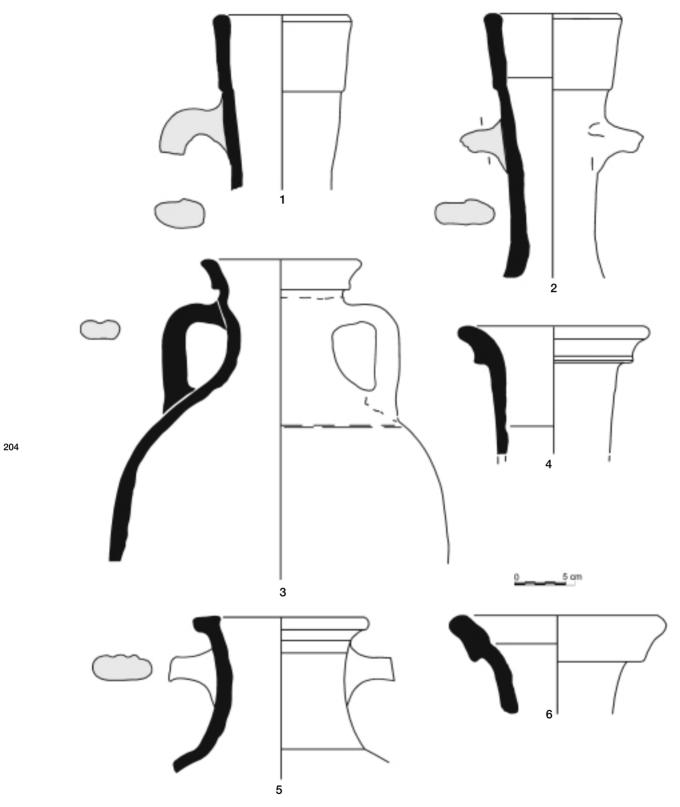


Figura 10. Ánforas del Vilarenc: 1-2, Pascual 1; 3, posible variante Tarraconense 1; 4 y 6, Dr. 7-11; 5, tipo anfórico de producción local.

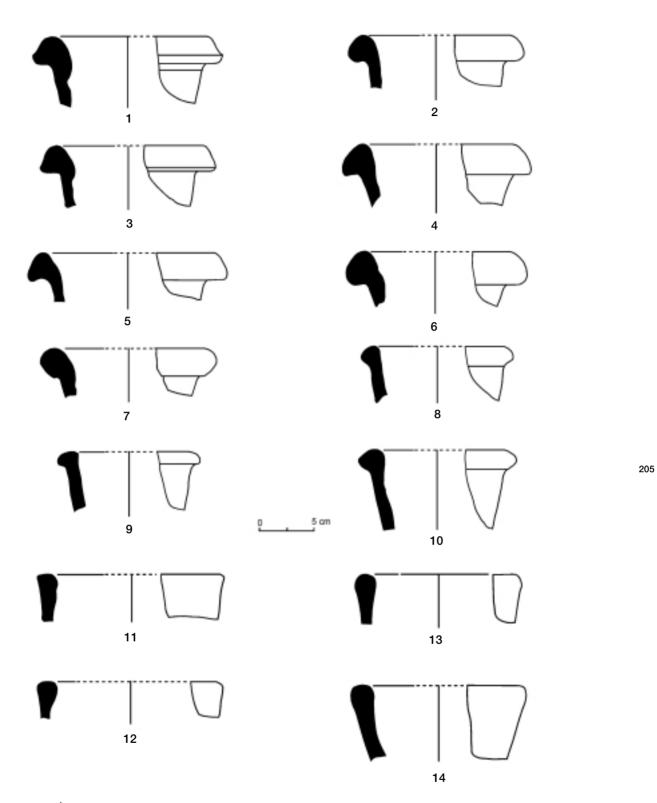


Figura 11. Ánforas de Tomoví (Martín Menéndez, Prevosti 2003): 1-10, Dr. 7-11; 11-14, Pascual 1.

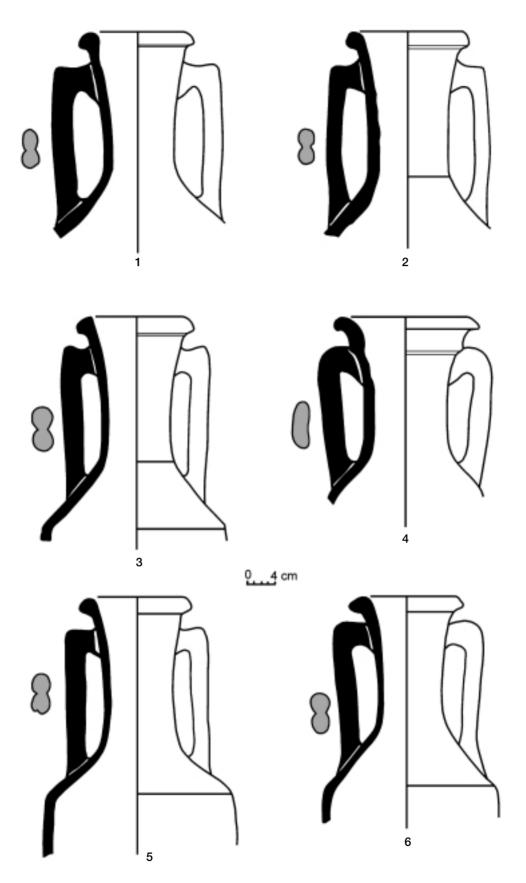


Figura 12. Ánforas del Burguet: 1-2, Dr. 2-4. Ánforas dels Antigons: 3, 5 y 6, Dr. 2-4; 4, Dr. 7-11 (Járrega 2002).

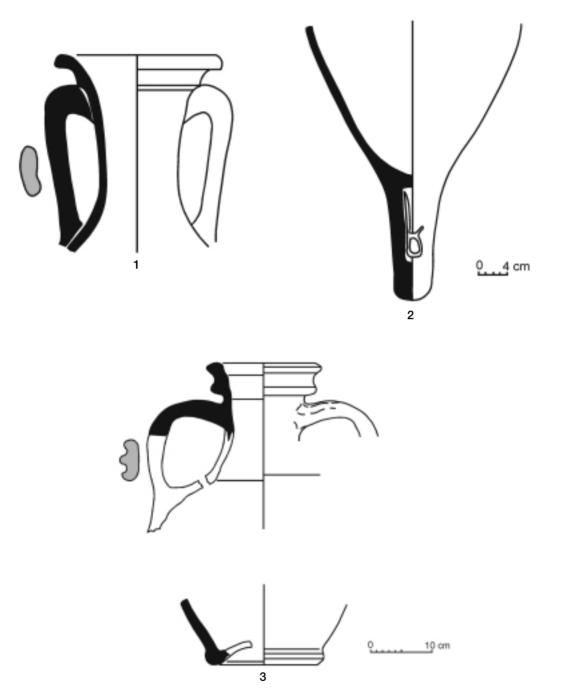


Figura 13. Ánforas dels Antigons: 1, Dr. 7-11; 2, pivote con grafito (Járrega 2002). Ánforas de Mas d'Aragó: 3, Oberaden 74 (Fernández Inquierdo 1995).

en los que, por el contrario, no se encuentran Dressel 2-4 de producción tarraconense (para ella se propone una datación de final de época augustal, o época de Tiberio: Gebellí 1996, 73 y 75; 1998, 226).

La viticultura, en resumen, no sigue una evolución homogénea ni en el Camp de Tarragona, ni el conjunto de las comarcas meridonales. Por ello, la evolución de este fenómeno y sus relaciones con el consumo y la comercialización del vino (y las mismas estructuras económicas de estos territorios) no se pueden reconstruir a partir de modelos simplificadores.

El repertorio formal presenta otras particularidades. Hasta hace poco, se pensaba que los alfares de estas comarcas apenas fabricaban las formas Pascual 1 y Tarraconense 1. Estos tipos se documentan, actualmente, en varios lugares. Pero si que parece, en todo

caso, que puede señalarse una cierta preferencia por producir v usar ánforas que en otros territorios son claramente minoritarias; es el caso de los recipientes de base plana. La cuestión es si se trata de una tradición productora conscientemente diferenciada y que factores la explicarían. Otro aspecto interesante, y a profundizar, es que el repertorio de producciones parece presentar diferencias por zonas: el Penedès y el Bajo Ebro fabrican repertorios muy diversificados; los centros más cercanos a Tarraco parecen concentrarse en la Dressel 2-4 (junto a algún tipo más, fabricado de forma minoritaria). Esto quizá también indica diferencias de tradición a escala comarcal, pero es imprescindible establecer la cronología y los porcentajes de los diversos tipos para definir el significado de tales diferencias que, por otro lado, quizá deban matizarse a medida que se disponga de mejor documentación.

El conocimiento de los talleres más cercanos a Tarraco (Camp de Tarragona y comarcas del Penedès-Garraf) plantea una dificultad añadida: la cronología final de su actividad y, en relación con ello, el fin de las exportaciones de vino de la zona. No hablamos, conscientemente, de fin de la viticultura, ya que se trata de cuestiones que no deben confundirse (vid. infra). La mayoría de estudios aceptan, de modo implícito, que estos talleres funcionaron durante todo el siglo I dC y que el cese de su actividad se situaría a finales de la misma centuria. No se plantea, por otro lado, la posibilidad interesante de una interrupción temporal del trabajo artesano en ciertos casos. Hay que indicar, sin embargo, que estas propuestas no apoyan en excavaciones estratigráficas, sino en la aplicación de las cronologías generalmente aceptadas para el conjunto de Cataluña a los tipos anfóricos identificados aquí. Este procedimiento enmascara las posibles diferencias de evolución local y comarcal. Como se ha indicado, sólo los talleres de La Clota y de Planes del Roquís proporcionan fechas finales: época flavia, para el primero, y primera mitad del siglo I, para el segundo (Vilaseca/Carrilla 1998, 197; Vilaseca/Adiego, 2002, 221). Este último caso plantea, además, una cuestión interesante: la perduración de la actividad artesanal, reorientada hacia la fabricación de vajillas de mesa y cerámicas comunes, después de abandonar la producción de ánforas (¿hasta mediado el siglo II?). Estas cronologías no se relacionan fácilmente con las noticias literarias.

El problema de base es partir de una equivalencia mecánica entre arqueología y literatura. En concreto, algunas referencias escritas parecen responder a topoi y es posible, incluso, que no correspondan al momento de redacción de la noticia (vid. infra). No hay que olvidar que lo que muestran las fuentes literarias, con todas sus limitaciones, es un fenómeno cultural y social: el conocimiento y consumo de un producto

elaborado en tanto que bien de prestigio, antes que como objeto económico. La arqueología, por su parte, muestra que tal fenómeno se integra en un panorama más amplio, en términos cronológicos y espaciales: la producción del vino de Tarraco se inicia, a cierta escala, en la segunda mitad del siglo I aC, con unos precedentes que se situan ya a finales del siglo Il aC. Todo ello encaja perfectamente en el contexto general de la Citerior. No conocemos las calidades iniciales (si puede utilizarse el plural), los mercados y su importancia en relación a otras áreas, aunque puede pensarse que la situación privilegiada de Tarraco en época de Augusto permitiría aprovechar un conjunto de factores político-económicos que estimularon la circulación de productos como el aceite bético. ¿Se trataría, como en el caso de los vinos del Ebro, Llobregat y Maresme, de vinos de consumo popular, como muestra su presencia en las Galias, Germania e Italia? Sólo a partir de esta situación y sobre la base de una experimentación aparecerían posteriormente algunos vinos de calidad.

Habría que plantear, finalmente, hasta que punto no estamos tomando una parte por el todo, limitando el análisis de la viticultura a un sector privilegiado como es la exportación de unos vinos. La identificación de los recipientes de transporte supone visualizar y situar cronológicamente este proceso y esta visualización, en tanto que permite cuantificar los datos, justifica algo que es, en parte, una ilusión: establecer unos volúmenes de producción o fases distintas de una historia de la viticultura en un conjunto de territorios. Las advertencias de A. Tchernia al respecto son muy pertinentes (Tchernia 1986, 7 y 296; cf. Panella 1989, 163). El final de las exportaciones a gran escala o la comercialización en un mercado local, que supondría el final de la fabricación masiva de ánforas v de los talleres vinculados a villae o grandes centros artesanales, provocó, simplemente, la desaparición de un tipo de evidencia material. En el mismo sentido, la circulación y la popularidad momentánea de ciertos vinos de calidad, en si mismos de difusión limitada, también muestran perfectamente que el final de las exportaciones v el final de la viticultura son situaciones que no deben confundirse. La producción vinícola en el Camp de Tarragona parece haber continuado más allá de inicios del siglo II dC y sólo un mejor conocimiento arqueológico del medio rural permitirá precisar hasta que momento, con que entidad y en que condiciones de organización (Remolà 2000, 196, identifica ánforas de probable producción regional con cronologías de los siglos IV-V).

Aparentemente, todos los alfares conocidos fabricaron también cerámicas comunes, y lo hicieron de forma simultánea a las ánforas (Figs. 14-15). El problema es definir los repertorios y sus posibles cam-

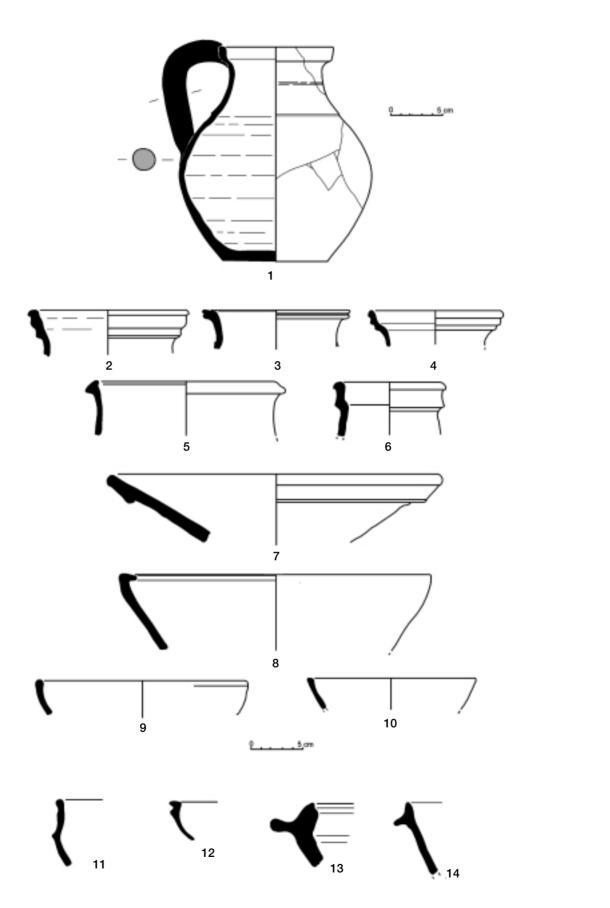


Figura 14. Cerámicas comunes de época augustea de l'Aumedina (Revilla 1993).

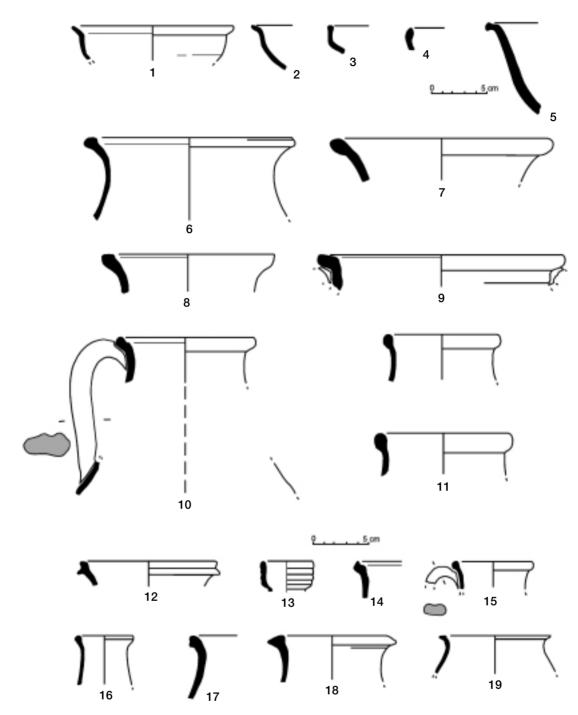


Figura 15. Cerámicas comunes de época augustea del Vilarenc.

bios en cada caso, con el fin de conocer mejor como evolucionó la producción y que factores pudieron influir en las estrategias adoptadas En principio, se trata de repertorios muy diversificados, por lo menos en época augustal. Se fabrican todo tipo de formas y formatos, y aunque no puede hablarse de servicios bien definidos, si parece haber

la intención de cubrir todas las necesidades asociadas a la vida doméstica, tanto en el medio rural como en la ciudad. Al mismo tiempo, se aprecia una preferencia por la fabricación de algunas formas abiertas (cuencos y cazuelas, básicamente) y de jarras de una asa con el labio moldurado y ollas. Un problema interesante, a resolver, es si puede

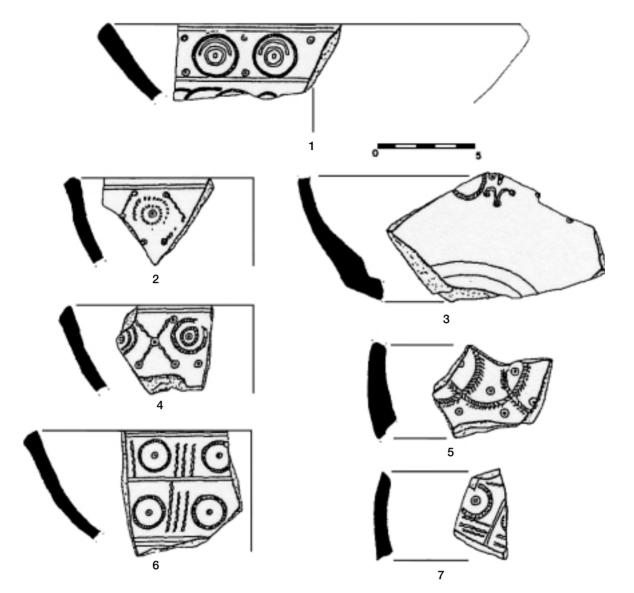


Figura 16. Moldes de terra sigillata de Planes del Roquís (Vilaseca, Adiego 2002).

hablarse de tradiciones formales comunes, seguidas por talleres de diversas zonas. Algunas tipologías muestran un cierto aire común, pero podría deberse a la imitación generalizada de las mismas formas. En cualquier caso, faltan datos para la comparación (estos son escasos y se limitan a época augustal).

Las posibilidades que plantea la existencia de este tipo de producciones son diversas. La primera es la de una fabricación complementaria, que completaría la producción de recipientes anfóricos. De esta forma, un alfar integrado en un *fundus* conseguiría, al mismo tiempo, mantener la actividad principal y obtener un beneficio suplementario (Revilla 1995, 72 y sigs.). Hay que recordar, al respecto, que los

contratos de arrendamiento conocidos -más tardíos- aluden, en primer lugar, a ánforas como necesidad fundamental del propietario del lugar y las instalaciones, que es, al mismo tiempo, propietario rural. Que se incluyeran otros elementos podría ser una estrategia del artesano interesado en rentabilizar el uso de las infraestructuras y la materia prima (Revilla 1995, 109 y sigs.).

Una segunda posibilidad es la de un centro productor autónomo que, de modo necesario, debe fabricar a gran escala y elaborar un repertorio amplio, en el cual los recipientes para usos domésticos ocuparían una parte importante. Este parece ser el caso de Planes del Roquís. En este lugar, además, parece haberse producido una reorientación productiva

que supone el fin de la fabricación de ánforas. Esta situación también se produce en otros lugares de Cataluña. Este hecho puede deberse a la evolución de la viticultura de la zona, pero también a una creciente demanda urbana. Un problema, por ahora irresoluble, es si este cambio supuso también una modificación de los repertorios, por ejemplo en el sentido de una concentración-estandarización de tipos (caso de Llafranc) (Revilla 1995, 74; Tremoleda 2000). En uno y otro caso, la fabricación de cerámicas parece suponer la creación de hornos específicos (Els Antigons, Planes del Roguís, El Vilar). Los lugares que fabricaron otro tipo de productos, como Plans d'en Jori, también incluyeron cerámicas comunes, aunque quizá a menor escala (Adserias/Morer/Rigo 2000, 201); en este taller, también se indica la presencia de una pequeña estructura de combustión que se destinaría a la cocción de esta categoría de recipientes.

Las cronologías de producción se concentran en época augustal, pero, por lo menos en un caso, les Planes del Roquís, podrían alcanzar hasta mediado el siglo II d.C. Con todo, falta un estudio pormenorizado de la documentación de este lugar.

Una mención aparte merecen las producciones de terra sigillata. Hasta hace poco sólo se conocía una producción local, en el Camp de Tarragona, difícil de encuadrar por la falta de contexto preciso: un fragmento de molde de la forma Drag. 37 aparecido en un vertedero asociado a una posible villa, con cronologías de siglos II-III dC (Pallejà 1994). Recientemente, se ha identificado este tipo de producciones en el alfar de Planes de Roquís (Vilaseca/Adiego 2002, 219 Tarraconense 221, Fig. 10). Su incorporación al repertorio fabricado, aunque limitada también al cuenco Drag. 37, parece relacionada con una reorganización general de la actividad del taller (Fig. 16). Esta reorganización, que se data hacia mediados del siglo I dC, supone, en primer lugar, la reconstrucción de las instalaciones y la modificación de la organización espacial del conjunto, puesto que se construye un gran número de hornos nuevos v se abandonan los anteriores. así como algunas dependencias. Por su parte, los moldes se situarían a finales del siglo I. En este contexto, finalizaría la fabricación de ánforas, manteniéndose el resto del repertorio (cerámicas comunes, material de construcción); con todo, este extremo no está confirmado. Se trata, en apariencia, de un cambio de estrategia de cierta entidad encaminado a satisfacer una demanda más amplia. Este fenómeno parece asociado tanto a factores culturales generales (la consolidación de unas formas de vida plenamente romanizadas) como a la evolución específica de la ciudad de Tarraco. Esta consolida su importancia administrativa y económica entre época julio-claudia y flavia, al tiempo que se definen con claridad el orden social y los mecanismos de promoción dentro de la sociedad local. Todo ello, en relación con un proceso paralelo de organización de su *territorium* que se percibe en el parcelario, la red viaria y el poblamiento (Palet 2003, 224 y sigs.). En este proceso debieron definirse también comportamientos sociales, formas de vida y modas con una traducción material concreta.

El fenómeno detectado en Planes del Roquís podría indicar un cambio más general en las estrategias del artesanado rural en algunas zonas de la Cataluña romana. Durante la segunda mitad del siglo I y la primera mitad del II dC. otros alfares fabricaron terra sigillata; en todos los casos, cuencos de la forma Drag. 37 (en algunos lugares, aparentemente, de forma exclusiva). Todos trabajaron a pequeña escala y, la mayoría, en momentos muy precisos. Hasta el momento, esta situación se constata en La Salut (Sabadell), Tossal del Moro (Corbins, cerca de Lleida) y Ermedàs (Revilla 1995, 83 y sigs.; Tremoleda 2000). Hay que citar, además, una producción suburbana en Lleida y el taller de Abella-Solsona, más difícil de definir en relación al territorio en que se integra. Llama la atención que se trate de una producción que aparece en contextos muy distintos. En algunos casos, integrada en alfares importantes y con una actividad previa que dependen de una villa (La Salut; en su segunda fase); en otros, como centro autónomo (caso de Planes del Roquís y, quizá, del taller suburbano de Lleida); finalmente, coexistiendo en un establecimiento rural, pero como una práctica específica y segregada, con otros tipos de artesanado que se vinculan directamente a las necesidades internas de un fundus. En el caso de la villa del Tossal del Moro, por ejemplo, se ha documentado una forja, en actividad durante parte del siglo II dC, que debía servir para obtener y reparar herramientas y objetos metálicos. La falta de excavación completa del sector artesanal de la villa impide precisar si producción cerámica v metalúrgia se practicaron de forma simultanea: en todo caso, su orientación respectiva era diferente (Marí/Revilla 2003, 351; también se conoce aquí la fabricación de agujas de hueso, como actividad doméstica, en una fase de segunda mitad del siglo III).

Esta situación muestra que las estrategias destinadas al abastecimiento de una demanda pueden ser muy variadas y combinarse con otras actividades, o aparecer como una práctica específica, con independencia del nivel artístico y de calidad que generalmente se asocian a la fabricación de vajilla de mesa. Muestra, igualmente, que no se puede distin-

guir sistemas artesanales recurriendo, únicamente, a la presencia o ausencia de ciertas producciones. Por el contrario, es necesario definir por completo los repertorios y su evolución. En cualquier caso, se trata siempre de situaciones caracterizadas por su modestia material y organizativa: los intentos se limitan a la fabricación de recipientes aislados de gran aceptación, sin abordar la producción de servicios de vajilla y, a lo que parece, sin crear composiciones decorativas específicas (seguramente, se obtenían moldes de recipientes en circulación). Por otro, algunos intentos parecen breves (Tossal del Moro), aunque falta evidencia adecuada en forma de estratigrafías. En resumen, estos intentos no superan un marco organizativo y productivo muy restringido y que no debió vincularse a unas estructuras de comercialización definidas, como muestran, por el contrario, los principales centros de sigillata de las Galias. No puede hablarse, en ningún caso, de grandes centros de producción.

Finalmente, muchos alfares también fabricaron materiales de construcción y de ornamentación arquitectónica. Los lugares en que se ha podido precisar un repertorio de producciones con ciertas garantías son escasos (l'Aumedina, Planes del Roquís, El Vilarenc). Pero da la impresión de que este repertorio es relativamente amplio, con una base formada por tegulae e imbrices y que se extiende a las piezas de construcción (ladrillos de diverso tipo, porciones de columna) y a los elementos utilizados en los programas técnicos (tegulae mammatae, piezas de canalización y tubos para evacuación de humos; Planes del Roquís: Vilaseca, Adiego 2002, Fig. 8). En Planes del Roquís y en El Vilarenc aparecen, además, elementos de ornamentación arquitectónica. En concreto, antefijas (en ambos lugares) y partes de estatuaria difíciles de interpretar (Planes del Roquís: Vilaseca/Adiego 2002, 219, Fig. 9). En El Vilarenc, por ejemplo, se han recuperado varios fragmentos de molde de antefija destinados a la elaboración de, por lo menos, un tipo de palmeta y dos tipos distintos de representación de cabeza humana (Fig. 17). El conjunto apareció formando parte de un gran nivel de relleno datado hacia el cambio de era. Estas evidencias vienen a añadirse a un conjunto de fragmentos de lastra recuperados en 1988; también en El Vilarenc. Inicialmente, las coincidencias de elaboración y de estilo de estas placas llevo a pensar en una producción itálica de lastras tipo Campana importada y difundida en diferentes lugares de Tarraco y su territorio; aunque tampoco se excluía una fabricación local (Dupré/Revilla 1991). Sin negar que alguna de las piezas ya conocidas (algunas de las de Tarraco, por ejemplo) puedan ser importaciones, los nuevos hallazgos parecen confirmar una fabricación local que imita prototipos itálicos.

Esta situación coincide con lo que conocemos en el resto de Cataluña: fabricación general de los materiales más solicitados para la construcción, presencia ocasional de producciones decorativas (generalmente, un tipo definido, como son las antefijas) y, como fenómeno muy esporádico, una coroplastia cuya importancia es difícil de definir (Revilla 1995, 89 y sigs.). Hay que recordar, por otro lado, que algunos lugares parecen asumir la fabricación preferente de material constructivo y cerámicas comunes, como Plans d'en Jori (¿por desconocimiento de otras producciones?). El hecho más llamativo es la identificación de objetos de cierto nivel artesanal fabricadas en talleres que pudieron abastecer la demanda urbana en un periodo muy concreto; como las antefijas y las placas Campana del Vilarenc. Este tipo de imitaciones provinciales se conocen también en la Narbonense en época augustal y responden a un ambiente cultural urbano y profundamente romanizado (Laubenheimer 1997). Su presencia indica, por otro lado, la existencia de unos programas arquitectónicos y ornamentales complejos y bien definidos, ya en época de Augusto, que debieron aplicarse de forma general



Figura 17. Molde de antefija procedente del Vilarenc.

en el ámbito privado tanto en *Tarraco* como en su territorio. La identificación de estas producciones tiene tanto más valor cuanto que la arquitectura del periodo se conoce poco, bien por falta de excavación, bien porque la mayoría de evidencias conservadas corresponden a un momento muy avanzado del siglo I dC o a las fases de reconstrucción monumental de muchas *villae* durante el siglo II. Como excepción se pueden citar las *villae* del Moro (Torredembarra) y El Vilarenc (Remolà 2003; Revilla 2003b).

La multiplicidad y simultaneidad de producciones muestra la existencia de un fenómeno artesanal complejo y dinámico, que de alguna forma diluye los límites entre ciudad y territorio, entre economía urbana y medio rural. Este fenómeno satisface una demanda amplia, regular y variada mediante estrategias y procesos productivos que hacen de la diversificación uno de sus elementos centrales. Todos los alfares proceden de modo similar, pero también existen diferencias significativas.

Algunos de estos, se localizaban en villae (l'Aumedina, Mas del Catxorro, Els Antigons, Tomoví, El Vilarenc, Darró; por citar casos seguros) y parecen depender, como actividad complementaria, de la organización general del ciclo de actividades económicas de una explotación rural. Más concretamente, su creación respondería a las necesidades de envasar un excedente vinícola. Podría pensarse, por consiguiente, que su actividad y posibilidades de expansión estarían condicionadas por la dependencia de la viticultura. Sin embargo, la gran mayoría de los talleres de la Citerior dependieron de villae y fabricaron, además, una amplia gama de productos cerámicos. La razón parece estar tanto en el abastecimiento de las necesidades internas de la villa, como en el aprovechamiento de las posibilidades que brindaría un mercado cercano formado por otros núcleos rurales o las ciudades. De hecho, una producción complementaria aparece casi como una condición estructural para mantener la necesidad fundamental: la fabricación del instrumentum relacionado con la producción de un excedente comercializable. En este contexto, además, un taller podría incluir la elaboración de nuevos productos si se consideraba rentable. El centro del sistema lo constituyen, en este caso, la iniciativa y las capacidades del propietario rural (Revilla 1995, 104-105, 140 y sigs., 158).

El taller de Planes del Roquís plantea otras posibilidades. En primer lugar, parece un centro de grandes dimensiones, con varios hornos (algunos de los cuales funcionarían de forma simultánea) y dependencias de trabajo y almacenes organizados como un conjunto integrado. En segundo, se localiza cerca de Tarraco y parte de su repertorio intentaría responder a las necesidades de un mercado rural v urbano amplio, que, a la vez, demanda unos productos muy precisos: terra sigillata, antefijas y piezas adaptadas a las necesidades de una arquitectura compleja. Este repertorio, además, parece seguir una evolución. Todo ello sugiere un funcionamiento autónomo respecto a las necesidades de un fundus. Pero también pudo haberse integrado, inicialmente, en una explotación y haberse desarrollado, posteriormente, como centro autónomo. En este sentido, podrían interpretarse los cambios de repertorio en otros lugares. Cabe pensar que su funcionamiento como un núcleo que concentraba actividades artesanales pudo ser el resultado de la actuación de un propietario o propietarios rurales que organizaron la explotación diversificada de los recursos naturales de sus fundi, o bien de las inversiones de algunos comerciantes que precisaran envases para transportar el vino adquirido; por no hablar de la posibilidad de que algunos propietarios y comerciantes actuaran conjuntamente. La organización de equipos de artesanos permitiría responder, así, a la demanda diversificada de ánforas, vajillas de mesa, comunes o de cocina y de materiales de construcción y decoración generada por la ciudad v el territorio. La falta de una excavación completa del conjunto sólo permite plantear las diversas situaciones posibles. El caso de Plans d'en Jori pudo ser similar.

LA EPIGRAFÍA ANFÓRICA

La epigrafía sobre ánforas del sur de Cataluña se reduce a unas pocas inscripciones impresas y grafitos procedentes de algunos alfares. Las situaciones que presentan estos lugares son diversas, aunque la falta de excavación obliga a la prudencia. Ciertos alfares parecen no haber utilizado nunca el hábito de sellar sus recipientes (el mejor ejemplo es Darró, bien excavado). Otros, sólo han aportado, hasta el momento, uno o dos sellos (Mas del Catxorro, Mas d'Aragó, Planes del Roquís, Mas de Gomandí, El Vilarenc, Tomoví); en algún caso, sobre tegula (CN. BEN, en Vilarenc; P. AETI, la única localizada, en Tomoví: Revilla 1995, núms. 11-12). Sólo algunos alfares utilizaron más de dos sellos. En l'Aumedina, por ejemplo, se conocen cuatro (más un caso dudoso sobre tegula; en La Buada pudieron ser tres). En este lugar, se aprecia lo que parece una práctica regular: el sello SEX. DOMITI tan sólo se utilizó para sellar ánforas Oberaden 74, mientras que TIBISI sellaba ánforas Pascual 1, Dressel 2-4 y Dressel 7-11, pero no Oberaden 74. Este hecho parece repetirse en el alfar de La Canaleta, donde se han recuperado ánforas Oberaden 74 con el sello *PHILODAMVS*, el cual no aparece marcando los otros tipos anfóricos del lugar (Gebellí 1996, 76-77).

Algunos sellos presentan problemas particulares que muestran, ante todo, el estadio inicial de la investigación. El caso más notable es el de los sellos PHILO-DAMVS y SEX. DOMITI localizados en La Canaleta (Gebellí 1996). Tradicionalmente, se había considerado que el primero procedía del alfar del Sot del Camp, en Calella, pero Gebellí propone situarlo en Tarraco (Pascual 1977, 65-66, Fig. 18, 6; Pascual 1991, núm. 175). El caso de SEX. DOMITI es aún más ambiguo. Su uso en el taller de Tivissa es indudable, pero también se conocen nuevos tipos anfóricos sellados con este nombre, cuya procedencia es difícil de establecer (Desbat/Schmitt 1998, indican que el análisis arqueométrico de estas ánforas las sitúa en la Citerior, pero que no parecen corresponder a l'Aumedina). Con esta variante se podría relacionar el sello SEX.DOMITI/SATVRIO procedente de Limoges (Loustaud 1984).

Las representaciones son, en general, cuidadas y complejas: se reproducen nombres con ligaturas y puntuaciones bien destacadas y también es posible encontrar los nombres dentro de cartelas. Los casos mejor conocidos corresponden a duo (SEX. DOMITI) y tria nomina (CN. MVSSIDI. NEP), ajustándose a una práctica bien documentada en los alfares catalanes de inicios de época augustal (Revilla 2004, 181 y sigs.). Otras representaciones podrían corresponder a cognomina (GALLIC). Los sellos nominales abreviados con las iniciales son muy escasos y dudosos: M.P.M, sobre Dressel 2-4, en El Vilarenc, y LCM, en Les Timbes. Finalmente, también se han documentado sellos reducidos a una expresión mínima (la letra P, en Mas de Gomandí; C.E, con ligatura, en La Buada). Como asociaciones tan sólo puede citarse el ejemplo de SEX.DOMITI/SATVRIO.

Por el momento, no es posible atribuir una cronología precisa a la mayoría de sellos. Cuando es posible hacer precisiones estas cronologías se sitúan en época augustal. Hay que indicar, sin embargo, que esta atribución se ha establecido, en los casos mejor conocidos (l'Aumedina o Mas del Catxorro), a partir de las estratigrafías de los lugares de recepción y que estos lugares corresponden a asentamientos de una naturaleza peculiar: los campamentos romanos del *limes* germánico. Los sellos sobre *tegula* y moldes del Vilarenc proceden de un estrato de cambio de era. En el caso de Planes del Roquís la datación también parece situarse en época augustal, aunque en términos más generales. Esta situación, unida al esaso número de sellos identificados, dificulta esta-

blecer el significado de estas representaciones epigráficas y reconstruir la evolución del fenómeno y su relación precisa con formas organizativas de la actividad artesanal. Es necesario evitar, además, intepretaciones simplistas.

Así, por ejemplo, es posible que el individuo representado con nomen completo en los sellos pudiera definirse como un propietario rural cuyo patrimonio podría integrar unas actividades más o menos diversificadas, la fabricación de instrumentum entre ellas, como proceso productivo complementario o autónomo respecto a la agricultura; pero en ocasiones también se ha presentado a estos individuos bajo un prisma cuasi empresarial (para un ejemplo: Christol/Plana. 1997: Pena/Barreda Tremoleda 1998). Las situaciones posibles y, en especial, el grado y la forma de participación precisas, no pueden ser deducidas directamente de la epigrafía anfórica: basta recordar la variedad de nomina que aparece en la epigrafía anfórica catalana, que no tienen porqué corresponder siempre a grandes propietarios capacitados para organizar una actividad a gran escala. Este tipo de evidencia, además, no permite abordar situaciones que debieron ser especialmente fluidas, ya que un mismo personaje pudo actuar en un ámbito u otro, o en varios de modo simultáneo, participando a través de procedimientos muy diversos (Revilla 2004, 185). En este escenario, tampoco es posible establecer las relaciones entre propietarios y artesanos. La existencia de asociaciones entre duo nomina y cognomina responde a situaciones bien conocidas en la epigrafía anfórica catalana que podrían interpretarse en este sentido. Pero las evidencias son muy escasas y no pueden situarse en el marco preciso de un alfar para llegara conocer su evolución concreta. En el mismo sentido, la presencia o ausencia de representaciones epigráficas de cierto tipo (como las asociaciones de cognomina, tan abundantes en los alfares del Baix Llobregat) no permite deducir, directamente, la mayor o menor complejidad de un lugar. Por ejemplo, en La Clota no se han identificado sellos, pero se conoce un número importante de grafitos que muestran un proceso de trabajo bien articulado (Vilaseca/Carilla 1998, 200).

El desconocimiento de la epigrafía también afecta a las posibilidades de definir el ámbito geográfico de distribución de los diferentes vinos meridionales, sus consumidores, la cronología y, finalmente, la entidad del fenómeno. A ello contribuye también el desconocimiento global de las tipologías y la falta de análisis arqueométricos. La situación por territorios es, además, muy diversa. En lo que respecta a los vinos del curso inferior del Ebro (l'Aumedina, Mas del Catxorro), se ha documentado relativamente bien un

espacio de distribución que incluye las provincias romanas septentrionales en relación con el abastecimiento de la demanda generada por la sistemaitzación del limes germánico y la romanización. Este fenómeno se concentra en época augustal y no parece prolongarse avanzado el siglo I dC, aunque las evidencias son limitadas debido al carácter particular de los lugares afectados, generalmente, los campamentos (Revilla 1993, 154 y sigs.). Se ha constatado, igualmente, una presencia puntual en el norte de África, con cronologías similares, y también parece haber una distribución en la misma Península Ibérica, en la zona del litoral mediterráneo (Járrega 2002, 439-440; Freed 1998). Esta situación parece responder a un aprovechamiento circunstancial de las oportunidades que brindaba la confluencia entre política, organización administrativa, urbanización e intereses materiales; o, dicho de otro modo, la coincidencia entre necesidades públicas e intereses privados en la actuación de las élites romanas, cuvas presencia en la viticultura tarraconense está bien atestiguada (al caso, ya conocido, de Cn. Cornelius Lentulus Augur, hay que añadir otras identificaciones recientes: Gianfrotta 1982; Tremoleda 2005).

No es posible establecer como evoluciona la viticultura del Bajo Ebro en un momento posterior (¿hacia el abastecimiento de una demanda local?). Otras zonas aportan una documentación igualmente limitada. En el caso de los alfares situados al norte de Tarraco es imposible precisar sus mercados. Por lo que respecta a los que se localizan en el Camp de Tarragona existe la tentación de relacionarlos con las referencias, entre otros, de Plinio, al vino de Tarraco. Estas citas presentan problemas específicos; entre ellos, si sólo se producirían vinos de calidad en este territorio concreto. En todo caso, hasta el momento no se han recuperado ánforas con tituli picti referidos a esta producción de calidad y no se han podido establecer relaciones con la epigrafía impresa y los lugares de fabricación. Por ello, no es posible establecer una geografía y una cronología precisas de este viñedo y de sus mercados más allá de la constatación de su conocimiento por la alta sociedad romana a finales del siglo I dC (para los problemas de interpretación vid. infra). La falta de información, en resumen, limita las posibilidades de reconstruir la importancia material del fenómeno y su posición en el contexto de la estructura socioeconómcia de cada una de las zonas interesadas.

ELITES Y REPRESENTACIONES MENTALES: EL VINO DE *TARRACO* COMO IMAGEN DE UN ORDEN SOCIAL

El panorama que muestra la arqueología obliga a analizar en una perspectiva amplia la información que aportan algunas obras literarias del primer siglo del imperio (recogidas en Miró 1985; 1988, 295 y sigs.; Revilla 2002). El vino de la Citerior ocupó un lugar especial en el amplio espectro de productos hispanos, agrícolas, artesanales y mineros, enumerados por los escritores griegos y latinos desde el siglo I aC hasta la antigüedad tardía. Junto a otros productos, formó parte de una categoría privilegiada definida por su elevado valor económico, el exotismo o las dificultades técnicas y el coste que suponían su obtención y elaboración. Estos factores explican su inserción en unos ámbitos de uso social y políticamente restringidos que interesaban, por un lado, a las élites romanas (como ítems de un consumo de lujo que respondía a unas estrategias sociales), por otro, al estado (en tanto que suponían un ingreso fiscal). En esta categoría se incluyen los recursos naturales y agrícolas más dispares, total o parcialmente elaborados, como el garum, el aceite, el minio, el oro y la plata, el plomo, el lapis specularis, los frutos y hierbas medicinales, los tejidos, la miel, los caballos lusitanos, los colorantes; todos ellos, mencionados repetidamente en la literatura de época imperial3. De modo simultáneo, su importancia y su asociación constante a unos lugares convirtieron a algunos de estos productos en referentes de la riqueza de una provincia. En consecuencia, fueron integrados y repetidos en las sucesivas descripciones geográficas y etnográficas de las Hispanias.

En este contexto, el interés del limitado dossier que forman las alusiones al vino de Tarraco, concentradas en un breve periodo de tiempo (segunda mitad del siglo I-inicios del siglo II dC), reside, en primer lugar, en la insistencia en su calidad superior y su destino (en tanto que era una producción selecta) y en el procedimiento empleado para establecer su valor como objeto de consumo: la comparación con otros vinos, itálicos y provinciales. Al mismo tiempo, este producto se asocia, en las fuentes, a un territorio urbano concreto y, con ello, a una situación socioeconómica muy compleja definida por dos factores. Por un lado, la relación con el estado impe-

^{3.-} V. BEJARANO (ed.), Fontes Hispaniae Antiquae, vol. VII, Hispania Antigua según Pomponio Mela, Plinio el Viejo y Claudio Ptolomeo, Barcelona, 1987, recoge los datos de tipo geográfico, económico y etnográfico de los autores clásicos más importantes; la obra es muy útil, aunque, de acuerdo con la intención de las FHA, los datos se presentan fuera de su contexto literario; su uso debe complementarse con R. GROSSE (ed.), Fontes Hispaniae Antiquae, vol. VIII, Las fuentes desde César hasta el siglo V d. de J.C. (Barcelona, 1959).

rial, como sede de la administración y de los órganos de representación provincial y como residencia ocasional del poder (aspecto destacado por Richardson 2000, 444, en otro contexto); por otro, el protagonismo, resultado de su promoción política y social, de una élite poderosa y dinámica que integraba a individuos y familias procedentes de los ordines de otras muchas ciudades de Hispania, lo que generaba una amplia red de relaciones y oportunidades de todo tipo.

La primera referencia precisa al vino de Tarraco, recogida en la Historia Naturalis de Plinio el Viejo, es relativamente tardía: en especial, cuando se la compara con las dataciones de último cuarto del siglo II aC-primeras décadas del I que aportan las tipologías anfóricas y algunos de los centros de producción conocidos en el litoral de Cataluña (Comas et alii, 1998; García/Gurri 1996-1997). Esta referencia es, con todo, muy importante porque se incluye en una obra de carácter enciclopédico realizada por un miembro de la élite de la sociedad romana que. a la vez, conoció Hispania en el cumplimiento de sus funciones administrativas. En una frase breve y con una fórmula sencilla, Plinio enumera y clasifica los vino hispanos más conocidos: Hispaniarum Laeetana copia nobiliantur, elegantia Tarraconensia atque Lauronensia et Baliarica ex insulis conferuntur Italiae primis (NH XIV, 71).

En la Historia Naturalis el vino ocupa un lugar importante. Uno de los libros que componen la obra, el XVII, dedica una gran espacio a la viticultura, recogiendo de forma exhaustiva y bastante sistemática los problemas relacionados con las técnicas de cultivo, la organización del trabajo, los rendimientos o las cualidades de las diversas variedades de cepas; las referencias al vino son también numerosas en el resto de la obra. Pero, la mayoría de estos datos, como otras noticias referidas al mundo vegetal, mineral o animal, aparecen de forma aislada y concisa, sirviendo a fines muy diversos: como ilustración sobre la riqueza de un territorio, como curiosidad de la naturaleza, etc.

La inclusión y la presentación de informaciones referidas al vino responden, en Plinio, a una doble perspectiva. La primera, refleja el interés, característico de todo propietario romano, por los rendimientos de un patrimonio rural en términos cuantitativos y en relación con las inversiones realizadas⁴. En este contexto se entiende la narración de histo-

rias como la de los elevados ingresos obtenidos por algunos personajes gracias a la aplicación de sistemas de explotación cuidadosos; o la enumeración de variedades de cepas itálicas y provinciales caracterizadas por su elevada producción (Plin. HN. XIV, 47-52; en especial, XIV, 49-51, para uno de estos personajes, *Remmius Palaemo*, Tchernia 1986, 210 y 217). Con todo, los escritores romanos muestran una cierta ambigüedad en la valoración global de estos episodios y de las posibilidades que ofrece la viticultura (Veyne 1978).

El segundo punto de vista, complementario, se interesa por las calidades de vino conocidas, su valor económico y su consumo. Este interés explica la enumeración de vinos costosos y el establecimiento de una jerarquía cuidadosa de su prestigio como bien de consumo. Con esta finalidad, en NH. XIV 59-76, se recoge un gran número de vinos itálicos y provinciales, se describen sus cualidades y, en algunos casos, se comparan entre sí. El elemento de referencia son los vinos itálicos de mayor precio, pues se trata de los más conocidos por la sociedad romana. Además, su calidad, o calidades diversas, son el resultado de una tradición que se remonta al último siglo de la República y que dio lugar a unos procesos de elaboración muy refinados. Ambos aspectos, consumo y producción, remiten al protagonismo y a los intereses que ciertos segmentos sociales tuvieron en la producción y distribución; básicamente, la élite senatorial y ecuestre. Los vinos itálicos son, en resumen, el término de comparación, económico y cultural a un tiempo, para calificar otras producciones y darlas a conocer a un

En este contexto es como se define el valor y el prestigio de algunos vinos hispanos citados por Plinio: el tarraconense, el lauronense y el de las Baleares. Es interesante, en especial, destacar como la valoración de los diversos vinos se establece a través de dos principios. El primero es la comparación-oposición con productos bien conocidos para el público lector: vino provincial frente a algunos de los vinos itálicos que consume la élite del momento. El segundo opera destacando ciertas características asociadas a la elaboración y difusión del producto: vino de calidad, el de *Tarraco*, frente a vinos de producción masiva, de zonas cercanas, explícitamente mencionados, como los layetanos (ex copia nobiliantur).

^{4.-} Se trata de una "fascinación por los rendimientos", según una expresión afortunada de A. Tchernia, que aparece en agrónomos como Columela (Tchernia 1986, 216 y sigs.); los libros XVIII y XIX de Plinio, dedicados a otros cultivos (cereales y arbustivos), completan la parte dedicada a la agricultura y muestran la misma combinación de temas e intereses que inspiran a los agrónomos y que se dirige al mismo público: miembros de la élite con un patrimonio rural y posibilidades de inversión.

Hay que recordar que la sociedad romana de época flavia también conoce los vinos hispanos de bajo precio y consumo popular; y a través de los juegos literarios de Marcial, un excelente conocedor de la alta sociedad de la capital, se aprecian algunos de los mecanismos empleados para establecer una calificación: el juego de oposiciones y la circulación del producto en situaciones cotidianas en la que los comportamientos, rituales y jerarquías sociales están estrictamente definidos (La Penna 1999). Así, el vino layetano se define como de ínfima calidad precisamente porque se adquiere en la taberna frente al consumo restringido de un vino de precio en los niveles superiores de la sociedad (como referentes de prestigio que circulan en forma de regalos, en los banquetes, etc.) y por su consumo masivo, que provoca la ebriedad, frente a la degustación moderada que sería propia del conocedor y de una buena educación. El lenguaje empleado refuerza la impresión negativa: no un auténtico vino, sino sapa (en I, 26, 9-19); o definido como faex laletana (en VII, 53, 6). El control y exhibición de ciertos productos, en tanto que se asocian a un estatus y unas estrategias de prestigio social, permiten a Marcial retratar situaciones y personajes y ordenarlos en la jerarquía social en términos fácilmente comprensibles.

En contraposición al vino layetano, la única cita de Marcial sobre el vino de *Tarraco* (XIII, 118) es positiva y recurre también a la comparación: *Tarraco, Campano tantum cessura Lyaeo/ haec genuit tuscis aemula vina cadis.* En este caso, al igual que en Plinio, la clasificación del vino se establece en el ámbito de la producción. El aspecto más notable es la precisión que supone la comparación concreta con un producto, el vino de la Campania, con una larga tradición de elaboración y exportación y que es uno de los componentes básicos de la imagen de riqueza y fecundidad que aparece en las noticias relacionadas con este territorio desde el último siglo de la República.

Las restantes referencias al vino de *Tarraco*, aunque seria mejor decir a la viticultura, se sitúan en momento muy cercano (finales del siglo I e inicios del II), pero en un clima político y moral diferente al del periodo flavio. Dos de ellas corresponden a la obra *Punica* de Silio Itálico:

Phocaicae dant Emporiae, dat Tarraco pubem vitifera et Latio tantum cessura Lyaeo (III, 369-370)

Tunc hospita Tarraco Baccho (XV, 177).

Se trata de imágenes creadas con unas finalidades estéticas e incluidas en un género literario radicalmente opuesto a la obra de Plinio. Las referencias son concisas, indirectas y no permiten una evaluación de valor económico (de cantidad o de calidad). Su intención es calificar de un modo genérico un lugar o población desarrollando o potenciando un topos literario (vitifera, hospita ... Baccho). Dicho de otro modo, no se pretende tanto describir un fenómeno preciso, objeto o particularidad de Tarraco, como asociar a la ciudad con un tópico que remite a una imagen de prosperidad y civilización. Son referencias absolutamente genéricas y que plantean, además, anacronismos evidentes, ya que se retrotrae a la época de las guerras púnicas una situación o, mejor, un tópico, propio de la Tarraco del momento de redacción del texto.

El valor de estas citas, en el contexto de las referencias al vino hispano, reside en que el autor haya considerado útil mostrar la Tarraco republicana a través de una imagen que debió construirse en el primer siglo del imperio. De este uso, puede deducirse también la popularidad de una representación, en parte real y en parte construcción intelectual, suficientemente difundida en la sociedad romana, en la que se asocian el poder económico y la fama de la colonia con la viticultura. Esta presentación se reforzaría con otros recursos. En primer lugar, la comparación con Italia. El Lacio, región civilizada y rica por excelencia, aparece de nuevo como medio de situar el producto (en este caso, la propia calificación de la ciudad como región vinícola) en una jerarquía reconocida de valor del producto y, por tanto, de riqueza de un territorio. Paralelamente, los mismos calificativos empleados (vitifera) remiten, bien que de modo impreciso e indirecto, a las representaciones de fertilidad y abundancia presentes en muchas descripciones geográficas antiguas.

Esta construcción parece completarse en un momento inmediatamente posterior. En época de Adriano, P. Annius Florus ofrece una descripción de Tarraco que combina las referencias sobre el prestigio de la ciudad, el caracter de sus habitantes y la fertilidad de su territorio. El pasaje es interesante y merece ser citado en extenso porque muestra que lugar ocupa la viticultura en la creación de una imagen cultural de un paisaje (el pasaje ha sido analizado recientemente por Richardson 2000 que destaca su carácter tópico): Et ecce iam familiaritate continua civitas nobis, ipsa blanditur, quae, siquid credis mihi qui multa cognovi, omnium earum quae ad quietem eliguntur gratissima est. populum vides, o hospes et amice, probum frugi quietum, tarde quidem, set iudicio hospitalem. caelum peculiariter temperatum miscet vices, et notam veris totus annus imitatur. terra fertilis campis et magis collibus -nam Italiae vites affectat et comparat areas- serotino non arube cit autumno (Vergilius orator an poeta. II. 8).

En la imagen elaborada por Floro confluyen elementos que se emplean con frecuencia en las descripciones de regiones y provincias del imperio y permiten establecer su celebridad en términos literarios. En el caso concreto de Hispania, estas descripciones forman un género que arranca a inicios del Principado, con Estrabón o Pomponio Mela y alcanza a las últimas manifestaciones de la literatura clásica, en el siglo VII, con Isidoro de Sevilla. Significativamente, el mismo territorio es descrito en clave positiva (clima templado, adecuación a una vida de ocio), aunque de forma muy concisa, en Marcial (I, 49, 21).

El texto de Floro destaca una serie de factores clave de este espacio rural: la variedad de recursos y de topografía, la fertilidad, la moderación del clima, la presencia de ciertas especies vegetales. Este conjunto de factores define un paisaje adecuado para la vida humana; un paisaje civilizado, en tanto que es organizado para su explotación. Y, en este sentido, no es casual que la descripción se complete con la presentación del carácter de sus habitantes. Al mismo tiempo, esta organización adecuada se convierte en un criterio estético, pues sirve para definir la belleza de este paisaje (cf., en otra perspectiva, Purcell 1995, 157 y sigs.). En este escenario, el vino aparece una vez más y lo hace como un elemento esencial que se asocia con una doble serie de imágenes: por un lado, remite a los principios de fertilidad, laboriosidad y riqueza (como producto agrícola transformado y comercializado); por otro, alude a la cultura (como un bien cuyo consumo denota buen gusto y estatus y se asocia a la vida urbana). En este texto, además, el vino se relaciona con otro de los productos mediterráneos típicos, el trigo, que también tiene en la literatura clásica unas connotaciones culturales importantes. La descripción se refuerza, finalmente, introduciendo la comparación con Italia; en este caso, una comparación dotada de unas connotaciones político-culturales muy poderosas.

Lo que interesa a Floro es, en resumen, la elaboración de una imagen a través de la ordenación de unos elementos codificados por la literatura clásica. Esta imagen sirve para mostrar la riqueza, el poder y la fama de *Tarraco*; no pretende ser una descripción exacta de la geografía o los recursos del lugar. Con todo, la imagen está dotada de cierta ambigüedad. La intención de Floro parece ser la de crear un cuadro específico de una sociedad provincial que cultiva las antiguas virtudes romanas como contraste al ambiente decadente de la Roma de los flavios. En este contexto, alude a elementos que

pueden entenderse vinculados a la tradición augustal y que destacan la estrecha relación de la ciudad con los *principes*. La suya es, por tanto, una reconstrucción interesada y para consumo de las élites dirigentes de la capital; no una descripción real de una ciudad. Se trata, igualmente, de un elogio parcial, en tanto que *Tarraco* aparece como lugar de retiro vinculado a la tradición; en realidad, un ambiente provinciano (para esta interpretación: Richardson 2000, 444-445).

Con todo, aunque las referencias a Tarraco y sus producciones contienen ciertas ambigüedades y deben analizarse desde la perspectiva de los círculos literarios de la capital, no puede excluirse que remitan parcialmente a una imagen o imágenes, más o menos articuladas, construidas por las elites de la región en relación con su promoción política y social en la segunda mitad del siglo I dC; proceso que culmina con los emperadores hispanos. La construcción de imágenes a partir de alusiones a la prosperidad, el orden y el ejercicio de cualidades morales (todo lo cual confluye en la agricultura), pudo servir como medio de conferir prestigio al lugar de origen, en tanto que escenario de vida civilizada, y contribuir, así, a legitimar el ingreso en la élite imperial. Las alusiones al pasado de Tarraco que recoge Floro (significativamente, a través de sus monumentos religiosos) podían servir perfectamente a este objetivo. No hay que olvidar, por otro lado, que, con su promoción, las élites hispanas pasaron a convertirse en parte del público lector de la capital y estarían en condiciones de influir y participar en la elaboración de nuevos contenidos literarios.

La información de las fuentes literarias sobre el vino de Tarraco, en este contexto, presenta problemas de interpretación. Su aparición revela, en primer lugar, la valoración cultural y las representaciones y asociaciones que una sociedad desarrolla con respecto a un objeto, un proceso productivo o un territorio, así como algunos de los mecanismos utilizados para crear estas representaciones. Pero, al mismo tiempo, se silencian por completo las cuestiones o los problemas que consideramos estrictamente económicos en una perspectiva moderna. La situación muestra la falta de autonomía del discurso económico en la literatura antiqua, reflejo de la falta de autonomía de la economía respecto a una sociedad y sus valores culturales (Giardina 1989, 429; Schiavone 1989, 7 y sigs.).

Paralelamente, este conjunto de referencias plantea problemas que son el resultado de las necesidades del proceso de elaboración literaria. El más importante es el de los criterios que intervienen en la formación y transmisión de imágenes y modelos. Este proceso, basado en el criterio de autoridad y en las

preferencias estéticas, nos sitúa permanentemente ante el problema de la fiabilidad de los datos. De hecho, las representaciones de un territorio, en cuanto que aparecen como paisajes ordenados (civilizados), son un género estereotipado y los elementos que integran tienen un carácter atemporal: fertilidad, diversidad o abundancia (factores productores de riqueza si son explotados adecuadamente) son la base de toda descripción de un territorio o provincia y se repiten en textos separados por varios siglos. De esta forma, la alusión a la presencia y explotación de un recurso natural o agrícola puede ser un recurso literario antes que un dato estrictamente contemporáneo observado o recogido por un escritor. Los problemas de estudio para la historia económica y para establecer una cronología son evidentes.

En otro orden de cosas, las referencias al vino (y a otros recursos agrícolas y naturales) en época romana también muestran la perspectiva que determina las descripciones literarias de un fenómeno económico. Como se apreciaba en Plinio, existe un doble interés: por la producción, en tanto que fuente de riqueza que asegura la estabilidad social (y aquí se incluyen la acumulación de recursos y medios de producción en un patrimonio), y por el producto final, elaborado y comercializado, que proporciona un beneficio; precisamente por haber sufrido una transformación que facilita su circulación y permite obtener calidades y precios diversos, el vino es quizá el producto más representativo. Este carácter de bien de consumo heterogéneo explica una circulación y una percepción muy diversa en los diferentes grupos que componen la sociedad romana.

En este horizonte mental, las descripciones geográficas y etnográficas antiguas raramente aportan elementos para reconstruir las estructuras de producción y de la propiedad asi como la evolución particular de un fenómeno económico en una región. En el caso de Tarraco, además, la denominación del producto plantea una serie de ambigüedades que dificultan la interpretación de la posición y extensión de la viticultura en un contexto económico más amplio: cuando Plinio o Marcial hablan de tarraconense, ¿se refieren a un solo vino de calidad muy definido, o, por el contrario, aluden a una denominación geográfica que engloba varios vinos?; y en relación con esta misma cuestión, ¿su producción coincide con el territorium de Tarraco, sobrepasa sus límites o bien ocupa una área reducida? Es posible, incluso, que el éxito de este vino provocara que otras zonas intentaran ampararse en su prestigio para asegurar la exportación de su producción. Plantear estos interrogantes no es un asunto secundario, ya que la producción y la distribución de un vino de calidad supone unas formas determinadas de organización del proceso (por inversiones y escala organizativa) y unos canales de circulación restringidos. Un problema, ya mencionado, es la ausencia de *tituli picti* referidos a este vino de calidad.

En resumen, el dossier de las referencias literarias sobre Tarraco es útil para conocer el proceso de creación de la imagen cultural de un vino de calidad y de la deformación de un fenómeno económico a través de su inserción en un contexto sociocultural más amplio. Permite, además, una reflexión sobre los límites de la información escrita y sobre las dificultades de relacionarla con la evidencia arqueológica disponible.

ÉLITES Y VINO

La aparición de alusiones literarias al vino de Tarraco coincide con la promoción política y social de una parte de las élites del litoral oriental de la Hispania Citerior y de la Baetica. Ambos fenómenos (consumo de este vino hispano y promoción social) confluyen en un escenario social muy preciso: la alta sociedad de la Roma de época flavia y antonina, donde circularía como un bien de prestigio frente a otros vinos hispanos. Estas coincidencias podrían reflejar los intereses de miembros de estas élites hispanas, las más integradas en la vida y la economía de Tarraco, en la producción y la distribución de ciertos vinos, pero, sobre todo, en la creación de una imagen definida de un territorio como escenario de producción y riqueza y también como espacio ordenado; una imagen tras la cual se puede reconocer el propio orden social y económico de la colonia.

Hay que reconocer, sin embargo, que no se dispone de evidencias directas sobre la vinculación de miembros de esta élite local con la producción vinaria o con la agricultura en general. El progreso de la investigación arqueológica en las décadas de 1980 y 1990 ha mostrado la existencia de un poblamiento rural denso, con villae lujosas, que se situan especialmente en el área suburbana. Basta recordar los casos de La Llosa, Centcelles, Paret Delgada, Cal·lipollis, Mas d'en Gras, Els Antigons, El Moro o Els Munts (estado de la cuestión, para algunas de ellas, en Ruíz de Arbulo (ed.) 2000; además: Remolà 2003; Járrega 2003). Su implantación es el resultado de la consolidación de grandes patrimonios y de la organización del paisaje de acuerdo con unos parámetros económicos y culturales que se reflejan en la descripción idílica de Floro. Sin embargo, la

mayoria de estos lugares no puede relacionarse con los grandes personaies v familias de rango senatorial y ecuestre residentes en Tarraco. Esto dificulta conocer uno de los elementos sobre los que descansa la posición de estas gentes en la ciudad y su control de las instituciones y la vida local: su patrimonio rural. Por otro lado, tampoco se puede determinar con precisión que actividades económicas se realizaban en estas villae, como se organizaban y como evolucionaron, ya que la documentación disponible es escasa por falta de excavaciones sistemáticas en la mayoría de casos. Algunas evidencias materiales se relacionan directamente con la viticultura y la comercialización de un excedente, como las producciones anfóricas e instalaciones identificadas en Els Antigons y El Vilarenc y, aunque algo más lejos, en Darró y algunos pequeños núcleos agrícolas del Garraf; pero otras son más ambigüas y podrían corresponder a necesidades de almacenamiento más limitadas (dolia, en Centcelles y otras villae, por ejemplo). Otro problema es el de la datación precisa de la actividad en cada lugar.

La situación es muy compleja y hay que analizarla en relación con la naturaleza de de la sociedad y de la vida urbana de Tarraco (Alföldy 1984; Alföldy 1991, 72). La ciudad, como capital provincial, actuó como centro de acogida para individuos de familias importantes de toda la provincia, todas ellas poseedoras de un patrimonio consistente, pero que se debía organizar según formas diversas. Se trata, por tanto, de una alta sociedad poderosa y con vínculaciones amplias con otras ciudades (dotada, por ello, de una cierta heterogeneidad) y en la que la movilidad y las posibilidades de acción parecen mayores que en otros escenarios urbanos de Hispania. En Tarraco se establecían las relaciones sociales y políticas que permitían iniciar una carrera política y era también allí donde se invertía una parte de las fortunas, en forma de evergetismo o mediante la adquisición de propiedades que se pondrían en explotación. Al mismo tiempo, la red de relaciones que se establecían en el ámbito político y social debieron permitir la aparición de oportunidades relacionadas con la agricultura, el comercio y las finanzas; ámbitos que en muchos casos debieron combinarse. La presencia de una élite poderosa,

dotada de un patrimonio que se utilizaría de acuerdo con la necesidad de consolidar una posición social, debió tener consecuencias sobre la evolución de la economía del territorio. El reflejo más directo de los intereses y posibilidades de esta élite son los edificios rurales lujosos y la construcción, en algunos de estos, de infraestructuras agrícolas y artesanales que se destinaron a la producción y envasado del vino.

Se conocen también otras situaciones que muestran la existencia de relaciones entre promoción social, movilidad geográfica e intereses económicos. Recientemente, se ha propuesto establecer una relación entre una familia de Tritium Magallum, los Mamilii, y la producción de una oficina de terra sigillata de La Rioja cuyos productos aparecen en el litoral catalán. Algunos miembros de esta familia se desplazaron a Saguntum y Tarraco y en esta última ciudad alcanzaron el flaminado en época de los antoninos⁵. El origen de la riqueza y las actividades económicas que desarrolló esta familia pueden plantearse de forma diversa (propietarios rurales con intereses en el artesanado, participación directa en actividades artesanales y comerciales). Con independencia de las interpretaciones propuestas (que también tienen consecuencias para el conocimiento de la élite de Tarraco), el interés de este ejemplo reside en que muestra la diversidad de situaciones, localizaciones y actividades que se integran en los patrimonios de las élites municipales tarraconenses entre los siglos I y II dC.

Por otro lado, conviene recordar que la presencia de grandes propietarios en la producción y comercialización del vino tarraconense está bien atestiguada; propietarios pertenecientes al *ordo senatorius*, de la más antigua nobleza romana, como *Gnaeus Cornelius Lentulus Augur*^e; o procedentes de las élites de provincias vecinas, como el recientemente identificado *Publius Usulenus Veiento*, miembro de una importante familia de *Narbo*, de origen itálico. Los intereses y el patrimonio de este personaje han sido considerados de forma diversa: propietario con tierras en el noreste de Hispania, por J. Tremoleda; *negotiator*, por M. Christol y R. Plana; aunque estas situaciones no son necesariamente antagónicas⁷. Su caso es interesante por

^{5.-} Haley 1988; Espinosa 1988; esta vinculación de personajes importantes con la producción de sigillata no es extraña; aparece igualmente en la fabricación de sigillata itálica; Morel 1996, 186 y sigs., analiza diversos casos y sus consecuencias en un estudio general sobre la implicación de las élites romanas en el artesanado.

^{6.-} Ginafrotta 1982; Tremoleda/Cobos 2003; a este caso podría añadirse el de la *gens Venuleia*, que se ha relacionado con la marca *L. VENULEI*: Pena/ Barreda 1997.

^{7.-} Tremoleda 1998, 239; Christol/Plana 1997, 91-92, señalan, además, que nada permite pensar que el personaje tuviera intereses en la agricultura; con todo, un propietario puede organizar la explotación de sus bienes de forma muy diversa, combinando agricultura comercio, préstamo, etc.

tratarse de una región vecina, vinculada históricamente a Cataluña v donde se conocen actuaciones cesarianas y augustales similares a los procesos que se produgeron en el noreste de Hispania (fundaciones coloniales, reorganización administrativa). Narbo es, además, un centro comercial muy importante, gracias a su proximidad al Ródano, por donde circularon el vino tarraconense y el aceite bético, entre otros productos. En ella y en otras ciudades de la región actuaron comerciantes y hombres de negocios con conexiones especialmente fuertes con Hispania e Italia. El inventario de relaciones podría ampliarse a otra gens, los Voltilii, de origen itálico y también asentados en Narbo. Este nomen se ha relacionado con la marca L. VOLTEIL -L. VOLTEILI (Pena/Barreda 1997, 66 y sigs.; Christol/Plana 1997, 95). Más recientemente, se ha comprobado la participación de caballeros norditálicos en la fabricación de ánforas y la exportación de vino del litoral norte de la provincia de Barcelona, en un territorio que pudo pertenecer al municipium augustal de Iluro (Tremoleda 2005). La presencia de élites itálicas y provinciales de ambos ordines en un mismo momento aparece cada vez más como un factor importante para entender el desarrollo particular de la viticultura tarraconense y la exportación de vino en época de Augusto. Este periodo aparece, así, como una situación especial resultante de la combinación de circunstancias sociales, económicas y administrativas.

Las coincidencias en la trayectoria histórica que han seguido algunas provincias vecinas, proceso en el que es fundamental la actuación del estado romano y de las élites dirigentes, debieron generar las condiciones para formar y consolidar grandes patrimonios y para establecer vínculos sociales y conexiones económicas. En este contexto, algunas familias de origen itálico de la Narbonense pudieron desarrollar intereses económicos al otro lado de los Pirineos, al mismo tiempo que algunas familias senatoriales y ecuestres de Italia. En este contexto de la segunda mitad-finales del siglo I aC, cuando se desarrolla, a gran escala, la producción v exportación del vino tarraconense, habría que incluir los inicios de la viticultura en Tarraco. Ello no excluye, obviamente, la participación de otros elementos en la evolución de la viticultura tarraconense, desde pequeños y medianos productores (quizá algunos de los representados en los sellos con nomina) hasta comerciantes; pero todavía no se pueden restituir exactamente sus intereses y el grado y las formas que asumió su actividad. En realidad, la diferente intensidad y ritmo de implantación del viñedo y del comercio del vino en la Cataluña romana indican la complejidad de factores y protagonistas.

Finalmente, en la historia de este vino también debieron jugar un papel importante los factores de orden social y cultural. Durante la segunda mitad del siglo I e inicios del II dC, las élites de las provincias Bética y Tarraconense alcanzaron los más altos puestos de la administración y el mismo poder imperial: ya se ha señalado el paralelismo geográfico y cronológico entre esta situación y la aparición del vino en Plinio, Marcial o Silio Itálico, que no puede ser casual. Es muy probable que el poder y prestigio de los hispanos fueran acompañados de la introducción de gustos y signos de riqueza, entre los cuales el consumo de ciertos vinos, un bien de prestigio con un uso social bien codificado, sería un elemento esencial. El caracter especial que asume este vino se vería reforzado por la capacidad de un propietario para producir y consumir su propio vino, lo que incluiría exhibirlo en ciertas situaciones (sobre el papel de las élites como consumidoras de vinos que ellas mismas pueden producir: Tchernia 1986). Muy probablemente, la historia posterior de este vino hispano, y quizá de otros, fue condicionada por la evolución de las élites que contribuyeron a difundirlo.

CONCLUSIÓN

Los problemas que suponen el estudio de las ánforas de los alfares meridionales de Cataluña y de las referencias literarias sobre el vino de Tarraco muestran que es necesario integrar diversos tipos de documentación y metodologías diferentes si se pretende establecer la posición que ocupa un producto o un proceso productivo en un sistema económico para, a partir de ello, intentar definir la naturaleza y características de este sistema. Sólo en estas condiciones será posible evaluar el impacto de las estructuras econonómicas, y de su evolución, sobre la organización de un territorio y de sus comunidades. El progreso en el conocimiento arqueológico de la región ha permitido conocer mejor la estructura de su poblamiento v de algunas de las actividades que allí se desarrollaron; en particular, la implantación de la viticultura y las complejas relaciones que se establecen entre producción y comercialización, dentro de las cuales deben analizarse las diversas formas de trabajo y gestión artesanal. Aunque sólo se ocupó del sur de Cataluña de forma limitada, los trabajos de Ricard Pascual supusieron una contribución decisiva para definir las grandes cuestiones a tratar: las tipologías anfóricas y su cronología, la geografía del viñedo tarraconense y del comercio y, finalmente, la relación entre viticultura y artesanado. Las fuentes literarias ofrecen una aproximación

223

complementaria a este cuadro general. Sus referencias presentan una serie de problemas y ambigüedades que resultan de su empleo estético, en muchas ocasiones como *topoi*. A cambio, ofrecen una cronología y un contexto cultural precisos que indican el conocimiento del fenómeno en una sociedad. A través de este conocimiento, es posible conocer las representaciones elaboradas por los diversos grupos sociales sobre un bien de consumo, sus canales de distribución y las situaciones en que se utiliza.

La variedad de los datos y de las aproximaciones posibles, en resumen, no hace sino reflejar la complejidad de un fenómeno, la producción y el consumo del vino tarraconense, que pertenece tanto al ámbito de la economía como al de la sociedad y la cultura.

BIBLIOGRAFIA

AA.VV. 1992, Intervenció arqueològica en els assentaments íbero-romans de l'Albornar (Baix Penedès), Revista d'Arqueologia de Ponent 2, Lleida, 155-175.

ADSERIAS, M., MORER, J., RIGO, A. 2000, La vil·la dels Plans d'en Jori (Montblanc, Conca de Barberà), Ruíz de Arbulo, J. (ed.), *Tàrraco* 99, 199-206.

ADSERIAS, M., RAMON, E. 2004, La vil·la romana del Vilar (Valls, Alt Camp), *Quaderns de Vilaniu. Miscel·lània de l'Alt Camp*, 45 (mayo 2004), Institut d'Estudis Vallencs, 5-18.

ALFÖLDY, G. 1984, Drei Städtlichen Eliten im römischen Hispanien, *Gerion* 2, Madrid, 193-238. ALFÖLDY, G. 1991, *Tarraco. Forum* 8, Tarragona. ARRAYÁS, I. 2005, *Morfología histórica del territo-*

rio de Tarraco (siglos III - I a.C.), Barcelona.

BERMÚDEZ, A., MASSÓ, M. J. 1984-1985 [1988], El horno cerámico del "barranc de la premsa cremada" (Botarell, Tarragona), *Boletín Arqueológico*, época V, 6/7, Tarragona, 63-106.

BORRÀS, C. 1987-1988, Avance de las excavaciones en la villa romana del Mas d'Aragó (Cervera del Maestrat), *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses* 13, Castellón, 379-397.

BORRÀS, C., SELMA, S. 1989, El centro de producción cerámico de Mas d'Aragó. Un complejo industrial alfarero ibero-romano, *Actas del XIX Congreso Nacional de Arqueología*, Zaragoza, 672. CARBONELL, E. FOLCH, J. MARTÍNEZ, J. 1995, Recent work on villas around Ampurias, Girona, lluro and Barcelona (NE Spain. La villa de Can Feu (Sant Quirze del Vallès, Barcelona), *JRA* 8, Ann Arbor, 297-300.

CARBONELL, E., FOLCH, J. 1998, La producció de vi i d'àmfores a la vil·la de Can Feu, 2 Col·loqui d'Arqueologia Romana, El vi a l'antiguitat, Economia, producció i comerç al Mediterràni occidental (Badalona, 6-9 maig 1998), Badalona, 289-293

CARRETÉ, J. Ma., KEAY, S. J., MILLET, M. 1995, Roman provincial capital and its hinterland. The survey of the territory of Tarragona, Spain 1985-1990, Ann Arbor.

CASAS, T. JAUME, J., MORO, A. 1986, El complex industrial romà de Can Jofresa (Terrassa, Vallès Occidental), *Tribuna d'Arqueologia 1985-1986*, Barcelona, 69-74.

COMAS, M. et al. 1998, Un tipus d'àmfora Dressel 1 de producció laietana, en Mayer, M., Nolla, J. Ma., Pardo, J. (eds.), Col·loqui Internacional d'Arqueologia Romana, De les estructures indígenes a l'organització provincial romana de la Hispània Citerior, Barcelona, 149-161.

CORSI-SCIALLANO, M., LIOU, B. 1985, Les épaves de Tarraconaise à chargement d'amphores Dressel 2-4. Archaeonautica 5, París.

CHRISTOL, M., PLANA, R. 1997, Els negotiatores de Narbona i el vi català, *Faventia* 19/2, Barcelona, 75-95.

DESBAT, A., SCHMITT, A. 1998, Un nouveau type d'amphore de Tarraconaise avec la marque Sex-Domiti, S.F.E.C.A.G. Actes du Congrès d'Istres, 21-24 mai 1998. Marsella, 349-355.

DUPRÉ, X., REVILLA, V. 1991, Lastras Campana en Tarraco (Hispania Citerior) y su territorio, *MDAI* (*M*) 32, 117-140.

ESPINOSA, U. 1988, Riqueza mobiliaria y promoción política; los *Mamili* de *Tritium Magallum*, *Gerión* 6, Madrid, 263-272.

FERNÁNDEZ IZQUIERDO, A. 1995, Una producción de ánforas de base plana en los hornos romanos de Mas d'Aragó (Cervera del Maestrat, Castellón), Quaderns de Prehistòria i Arqueologia Castellonencs (antes, Cuadernos) 16, Castellón, 211-219.

FREED, J. 1998, Stamped Tarraconensian Dressel 2-4 Amphoras at Carthage, 2 Col·loqui d'Arqueologia Romana, El vi a l'antiguitat, Economia, producció i comerç al Mediterràni occidental (Badalona, 6-9 maig 1998), Badalona, 350-356

GARCIA, J., GURRI, E. 1996-1997, Les imitacions laietanes d'àmfores itàliques a la zona central de la comarca del Maresme en època tardorepublicana, Hispània i Roma. D'August a Carlemany. Congrés d'homenatge al Dr. Pere de Palol, Girona, 397-424. GEBELLÍ, P. 1996, Un nou centre productor d'àmfores al Camp de Tarragona. El forn de la Canaleta i

el segell Philodamus (Vila-seca, Tarragonès), *Butlletí Arqueològic* (antes, *Boletín Arqueológico*), època V, núm. 18, 69-96.

GEBELLÍ, P. 1998, Les exportacions amfòriques del Camp de Tarragona al sud-est de França", XI Col·loqui Internacional d'Arqueologia, Comerç i vies de comunicació (1000 aC-700 dC), Puigcerdà, 31 octubre-1 novembre 1997, Puigcerdà, 223-230. GIANFROTTA, P. 1982, Lentulo Augure e le anfore laietane, Epigrafia ed ordine senatorio. Tituli 4, Roma, 475-479.

GISBERT, J. A. 1998, Àmfores i vi al territori de Dianium (Dènia). Dades per a la sistematització de la producció amforal al País Valencià, El vi a l'Antiguitat. Economia, producció i comerç al Mediterrani occidental, 2on Col·loqui Internacional d'Arquologia Romana (Badalona, 6-9 maig 1998), Badalona, 383-417.

GUITART, J., PALET, J. Mª., PREVOSTI, M. 2003, La Cossetània oriental de l'època ibèrica a l'antiguitat tardana : ocupació i estructuració del territori, Guitart, J., Palet, J. Mª., Prevosti, M (eds.), Territoris antics a la Mediterrània i a la Cossetània oriental, Actes del Simposi Internacional d'Arqueologia del Baix Penedès (El Vendrell, 8-10 de novembre de 2001), Barcelona, 129-157.

GIARDINA, A. 1989, L'economia nel testo, Cavallo, G. Fedelli, P., Giardina, A. (eds.), Lo spazio letterario di Roma antica I, La produzione del testo, Roma, 401-431.

HALEY, E. 1988, Roman elite involvement in commerce: the case of the spanish *TT. Mamilii*, *AEArq.* LXI, Madrid, 141-156.

IZQUIERDO, P. 1993, Un nou centre productor d'àmfores al Baix Ebre: el mas del Catxorro de Benifallet, *Homenatge al Prof. Miquel Tarradell*, Barcelona, 753-765.

JÁRREGA, R. 1995, Les àmfores romanes del Camp de Tarragona I la producció de vi tarraconense, *Revista d'Arqueologia de Ponent* 5, Lleida, 430-437

JÁRREGA, R. 1996, Poblamiento rural y producción anfórica en el territorio de *Tarraco* (Hispania Citerior), *JRA* 9, Ann Arbor, 471-483.

JÁRREGA, R. 1998, La producció amforal romana del Camp de Tarragona. Estat de la qüestió, 2 Col·loqui d'Arqueologia Romana, El vi a l'antiguitat, Economia, producció i comerç al Mediterràni occidental (Badalona, 6-9 maig 1998), Badalona, 430-437.

JÁRREGA, R. 2002, Nuevos datos sobre la producción anfórica y el vino de *Tarraco*, Rivet, L, Sciallano, M. (eds.), *Vivre, produire et échanger: reflets méditerranéens. Mélanges offerts à Bernard Liou*, Montagnac, 429-444.

JÁRREGA, R., 2003, "Les ceràmiques romanes de la vil·la de Mas d'en Gras (Vila-seca, Tarragonès)", Butlletí Arqueològic (antes, Boletín Arqueológico), època V, 25, págs. 107-170.

LAFUENTE, A. 1992, La producció de la ceràmica ibèrica del taller de Fontscaldes (Valls, Alt Camp), AA.VV., Les ceràmiques de tècnica ibèrica a la Catalunya romana, Barcelona, 47-77.

LAUBENHEIMER, F. 1997, Les plaques Campana gauloises, Muller, A. (ed.), Le moulage en terre cuite dans l'antiquité. Création et production Dérivée, Fabrication et Diffusion, Actes du XVIIIe Colloque du Centre de Recherches Archéologiques – Lille III (7-8 déc. 1995), Lille, 397-415.

LA PENNA, A. 1999, Immortale Falernum. Il vino di Marziale e dei poeti latini del suo tempo, *Maia. Rivista di letterature classiche* 51, 163-181.

LÓPEZ MULLOR, A. 1986-89, Los talleres anfóricos de Darró (Vilanova i la Geltrú, Barcelona). Noticia de su hallazgo, *Empúries* (antes, *Ampurias*), 48-50, Barcelona, vol. II, 64-71.

LÓPEZ MULLOR, A. 1990, Une nouvelle fouille dans le centre producteur d'amphores de Sant Boi de Llobregat (Barcelone), SFECAG: Actes du Congrès de Mandeure-Mathay, 1990, 187-198.

LÓPEZ MULLOR, A. 1995, Recent work on villas around Ampurias, Girona, Iluro and Barcelona (NE Spain. La villa de Can Feu (Sant Quirze del Vallès, Barcelona), *JRA* 8, Ann Arbor, 301-306.

LÓPEZ MULLOR, A., 1998, El centre productor d'àmfores de Sant Boi de Llobregat (Barcelona), 2 Col·loqui Internacional d'Arqueologia Romana, El vi a l'antiguitat, Economia, producció i comerç al Mediterràni occidental (Badalona, 6-9 maig 1998), Badalona, 233-245.

LÓPEZ MULLOR, A., FIERRO, X., CAIXAL, A., CASTELLANO, A. 1992, La primera Vilanova. L'establiment ibèric i la vil·la romana d'Arró, Darró o Adarró de Vilanova i la Geltrú. Síntesi de les darreres recerques arqueològiques i històriques, Sant Sadurní d'Anoia.

LOUSTAUD, J.-P. 1984, Découverte à Limoges de deux amphores de M. Porcius et Se. Domitius/Saturio, *Aquitania* 2, 277-284.

MACIAS, J. A., REMOLÁ, J. A. 1992, Anàlisi de l'hàbitat íbero-romana a la zona de l'Albornar (Santa Oliva, Baix Penedès). *Miscel·lània Penedesenca* 17, 137-162. MARÍ, L., REVILLA, V. 2003, El Tossal del Moro (Corbins, Segrià). Economia i organització de l'espai en una vil·la del territori d'Ilerda, Actes de les jorandes d'arqueologia i paleontologia 2000, Comarques de Lleida, Lleida, 30 de novembre, 1 i 2 de desembre de 2000, Barcelona, 343-361.

MARTÍN MENÉNDEZ, A., PREVOSTI, M. 2003, El taller d'àmfores de Tomoví i la producció amfòrica a

la Cossetània oriental, Guitart, J., Palet, J. Mª., Prevosti, M. (eds.), *Territoris antics a la Mediterrània i a la Cossetània oriental, Actes del Simposi Internacional d'Arqueologia del Baix Penedès (El Vendrell, 8-10 de novembre de 2001)*, Barcelona, 231-237.

MASSÓ, M. J. 1998, Dades sobre la producció d'àmfores de vi romanes en el sector occidental del Camp de Tarragona, 2 Col·loqui Internacional d'Arqueologia Romana, El vi a l'antiguitat, Economia, producció i comerç al Mediterràni occidental (Badalona, 6-9 maig 1998), Badalona, 283-288.

MASSO, M. J. 2001, El forn de ceràmica de la Llosa i el seu context arqueològic territorial, AA.VV., La vil·la romana de la Llosa. 10 anys d'investigació arqueològica, Cambrils, 83-88.

MIRÓ, J. 1985, Les fonts escrites i el vi del Conventus Tarraconensis, *Pyrenae* 21, Barcelona, 105-112.

MIRÓ, J. 1988, La producción de ánforas romanas en Catalunya. Un estudio sobre el comercio del vino de la Tarraconense (siglos I a.C.-I d.C.), BAR International Series 488, Oxford.

MOREL, J.-P. 1996, Elites municipales et manufactures en Italie, Les élites municipales de l'Italie péninsulaire des Gracques à Neron (Clermont-Ferrand, 1991), Nápoles-Roma, 181-198.

NIETO, X., RAURICH, X. 1998, El transport naval de vi de la Tarraconense, 2 Col·loqui Internacional d'Arqueologia Romana, El vi a l'antiguitat, Economia, producció i comerç al Mediterràni occidental (Badalona, 6-9 maig 1998), Badalona, 113-137.

PALET, J. Mª. 2003, L'organització del paisatge agrari al Penedès i les centuriacions del territori de Tarraco: estudi arqueomorfològic, Guitart, J., Palet, J. Mª., Prevosti, M. (eds.), Territoris antics a la Mediterrània i a la Cossetània oriental, Actes del Simposi Internacional d'Arqueologia del Baix Penedès (El Vendrell, 8-10 de novembre de 2001), Barcelona, 211-229.

PALLEJÀ, L. 1994, Excavacions al Velòdrom. Un centre terrisser d'època romana. Mont-roig del Camp, Baix Camp, Barcelona.

PANELLA, C. 1989, Le anfore italiche del II secolo D.C., Amphores romaines et histoire economique, dix ans de recherches (Siena, 1986), Roma, 138-178.

PASCUAL, R. 1962, Centros de producción y difusión geográfica de un nuevo tipo de ánfora, *VII Congreso Nacional de Arqueología (Barcelona, 1960)*, Zaragoza, 334-345.

PASCUAL, R. 1977, Las ánforas de la Layetania, Méthodes classiques et méthodes formelles dans l'etude des amphores (Roma, 1974), Roma, 47-96.

PASCUAL, R. 1991, Índex d'estampilles sobre àmfores catalanes. Barcelona.

PENA, M. J., BARREDA, A. 1997, Productores de vino del nordeste de la Tarraconense. Estudio de algunos *nomina* sobre ánforas Laietana 1 (=Tarraconense 1), *Favèntia* 19/2, Bellaterra, 51-73. PURCELL, N. 1995, The Roman *villa* and the landscape of production, Cornell, T. J., Lomas, K. (eds.), *Urban Society in Roman Italy*, Londres, 151-179.

REMOLÀ, J. A. 2000, Las ánforas tardo-antiguas en Tarraco (Hispania Tarraconensis), Siglos IV-VII d.C., Barcelona.

REMOLÀ, J. A. 2003, Les vil·les romanes del Moro (Torredembarra), *Butlletí Arqueològic* (antes *Boletín*), època V, 25, Tarragona, 57-87.

REVILLA, V. 1993, Producción cerámica y economía rural en el Bajo Ebro en época romana. El alfar de l'Aumedina, Tivissa (Tarragona), Barcelona.

REVILLA, V. 1994, El alfar romano de Tomoví. Producción anfórica y agricultura en el área de Tarraco, *Butlletí Arqueològic* (antes, *Boletín Arqueológico*), època V, núm. 16, 111-128.

REVILLA, V. 1995, Producción cerámica, viticultura y propiedad rural en Hispania Tarraconensis (siglos I a.C.-III d.C.), Barcelona, 1995.

REVILLA, V. 2002, El vi de Tàrraco durant el principat: Elits urbanes i imatges de la producció, Citerior. Arqueologia i ciències de l'antiguitat, vol. 3, Contactes i relacions comercials entre la Catalunya meridional i els pobles mediterranis durant l'antiguitat, 173-207.

REVILLA, V. 2003a, Economia i poblament romà al curs inferior de l'Ebre. La villa de Casa Blanca (Tortosa), Tarragona.

REVILLA, V. 2003b, Paisaje rural, economía y élites en el territorio de Tarraco.: la organización interna de la villa del Vilarenc (Calafell), Guitart, J., Palet, J. Mª., Prevosti, M (eds.), Territoris antics a la Mediterrània i a la Cossetània oriental, Actes del Simposi Internacional d'Arqueologia del Baix Penedès (El Vendrell, 8-10 de novembre de 2001), Barcelona, 285-301.

REVILLA, V. 2004, Ánforas y epigrafía anfórica en *Hispania Tarraconensis*, Remesal, J. (ed.), *Epigrafía anfórica, Workshop de Barcelona, 9-10 de mayo de 2003*, Barcelona, 159-196.

REVILLA, V., en prensa, Onomástica en epigrafía anfórica de la Hispania Tarraconense: algunas consideraciones sobre significado y métodos de análisis, XII Congressus Internationalis Epigraphiae Graecae et Latinae (Barcelona, 8-12 septiembre 2002), Barcelona.

RICHARDSON, J. 2000, Tarraco in the age of Trajan: the testimony of Florus the poet, González, J. (ed.), *Trajano emperador de Roma, Actas del*

RIGO, A., MORER, J. 2003, Les Guàrdies (El Vendrell, Baix Penedès). Un assentament metal·lúr-gic d'època ibèrica, Guitart, J., Palet, J. Mª., Prevosti, M (eds.), Territoris antics a la Mediterrània i a la Cossetània oriental, Actes del Simposi Internacional d'Arqueologia del Baix Penedès (El Vendrell, 8-10 de novembre de 2001), Barcelona, 327-338.

RUÍZ DE ARBULO, J. (ed.) 2000, Tarraco 99, Arqueologia d'una capital provincial romana (Tarragona, 15-17 d'abril de 1999), Tarragona.

SCHIAVONE, A. 1989, La struttura nascosta. Una grammatica dell'economia romana, *Storia di Roma, IV, Caratteri e morfologie*, Turín, 7-69.

TCHERNIA, A. 1971, Les amphores vinaires de Tarraconaise et leur exportation au début de l'Empire, *Archivo Español de Arqueología.* XLIV, núms. 123-124, 38-85.

TCHERNIA, A. 1979, L'atelier d'amphores de Tivissa et la marque « SEX. DOMITI », *Mélanges offerts à Jacques Heurgon*, Roma, 973-979.

TCHERNIA, A. 1986, Le vin de l'Italie romaine, Roma.

TREMOLEDA, J. 1998, Pvblivs Vsvlenvs Veiento. Un magistrat narbonès amb propietats al nord de la Tarraconense, XI Col·loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà, Comerç i vies de

comunicació (1000 aC-700 dC), Puigcerdà, 1997, 231-241.

TREMOLEDA, J. 2000, Industria y artesanado cerámico en época romana en el nordeste de Catalunya (Época augustea y altoimperial), BAR internacional Series 835. Oxford.

TREMOLEDA, J. 2005, Un nou inversor itàlic en la viticultura de la *Tarraconensis*: Publi Baebi Tuticà, *Pyrenae* 36-2, Barcelona, 115-140.

TREMOLEDA, J., COBOS, a. 2003, El cónsul Cn. Léntulo Augur y las inversiones de la aristocracia romana, *Athenaeum*, 91, fasc. I, Como, 29-53.

VEYNE, P. 1978, Mythe et réalité de l'autarcie à Rome, *REA* LXXXI, 3-4, 261-280.

VILASECA, A., ADIEGO, P. 2000, El centre de producció ceràmica de les Planes del Roquís, Reus (Baix Camp), Ruíz de Arbulo, J. (ed.), *Tàrraco 99*, 275-284. VILASECA, A., ADIEGO, P. 2002, El centre de producció ceràmic de les Planes del Roquís (Reus, Baix Camp), *Tribuna d'Arqueologia 1998-1999*, Barcelona, 259-276.

VILASECA, A., CARILLA, A. 1998, L'assentament romà de la Clota, Creixell, Tarragonès. El poblament rural al nordest del Tarragonès en context de canvi d'era, Citerior. Revista d'arqueologia i ciències de l'antiguitat, vol. 2, L'arqueologia del territori. Anàlisi dels models d'ocupació y transformació del medi a l'antiguitat a la Catalunya meridional i àrees lindants, Tarragona, 189-201.